



LORENA
MURIÉN

QUIERO SER ESTRELLA TU

QUIERO SER TU ESTRELLA

LORENA MURIÉN

© 2023 Lorena Murién
instagram.com/lorenamurien_
twitter.com/lorenamurien_
Diseño de cubierta y maquetación: Verónica Espinosa
instagram.com/veronicaespinosa__
Ilustraciones de portada:
freepik.es

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

Este libro ha sido publicado de forma autónoma por el titular del copyright, sin el apoyo de una editorial ni terceros. Por este motivo, es posible que el contenido pueda tener algunas erratas y/o errores ortográficos.

Dedicada a los corazones que sueñan y piden deseos al mirar las estrellas.

Para los que ya no están, por seguir poniendo luz a mi interior.

Para mi mujer, por ser mi alma al completo.

1

LA MAGIA

LARA

Las ventanas de El ático verde empiezan a empañarse por el frío que nos lleva acompañando desde algunas semanas. El cielo está encapotado y parece que vaya a llover de un momento a otro, pero aquí dentro, mi sensación es la de estar caminando en un paraíso lleno de calidez que me sigue sorprendiendo cada vez que abro la librería a primera hora de la mañana. Con la música puesta a volumen bajo, las estanterías negras se reparten por cada rincón con un montón de novedades y libros que llevan conmigo desde que comencé esta loca aventura. Aunque lo más extraño sigue siendo chocar con algunos ejemplares de *Letras al alba* que la gente sigue pidiéndome firmadas para hacerles un hueco en sus casas.

A pesar del «te lo dije» que Elías se jactó de repetirme un montón de veces, todavía me cuesta acostumbrarme a que mis propias letras estén llegando a tantas personas; aquí en Irlanda, y en otras muchas ciudades. La acogida de la historia donde di a conocer parte de mi interior provocó una revolución de sentimientos que aún me lleva a pasar noches en vela, y a instantes donde la ansiedad se apodera de mi cuerpo con el deseo de no dejarme escapar.

«Podrías dejarlo todo, ¿sabes? Hacerte un hueco como escritora y organizar firmas de tus libros. Ya has demostrado que vales para esto. ¡Y con creces!», la última conversación que tuve con mi mejor amigo me vuelve a poner los pelos de punta y tengo que obligarme a centrarme en otra cosa para no quedarme en esos pensamientos. Dejar el trabajo a medias nunca ha sido lo mío, pero en realidad hay otra cosa que tiene mucho más peso y que me obliga a desechar esa idea: no sería capaz de abandonar mi precioso ático, porque este sitio me lo ha dado todo.

El teléfono vibra sobre el mostrador y leer el nombre de Adriana, hace que sonría de oreja a oreja y vuelva a sentir esas mariposas en el estómago que no han desaparecido a pesar de que llevamos meses juntas. Es precioso pensar que muchas cosas siguen siendo como una primera vez.

—Qué habilidad tiene para leerme la mente —digo, y de inmediato leo su mensaje pensando en la cantidad de cosas que han cambiado en mi vida desde que nos vimos por primera vez.

Adriana: Estaba pensando que podríamos ir al cine, es el día de los clásicos. También tengo algo que enseñarte, pero para eso tendrás que esperar.

«¡Qué malvada!». En otro momento habría tirado todo abajo con tal de averiguar qué se trae entre manos, pero ahora, considero que es mucho más bonito descubrir las sorpresas que vengan de su parte en el instante que ella elija. Porque al parecer, sigue teniendo un poder sobrenatural para dejarme con la boca abierta y el corazón explotando en un millón de fuegos artificiales. Como el día que se plantó en la vieja librería y me volvió a demostrar que los sueños están formados de canciones y un montón de colores.

Mis dedos bailan sobre el teclado del teléfono dejando en la pantalla el reflejo de una sonrisa que no puedo quitarme de los labios.

Lara: En cuanto cierre el ático esta tarde voy a por ti, pero que sepas que me toca elegir película a mí.

Antes de enviar el mensaje le pongo una carita sonriente y un corazón. Durante un pequeño instante, me la imagino con su guitarra mientras compone o repasa notas que terminarán por convertirse en mi nueva canción favorita. Tener esa imagen metida en la cabeza desde hace semanas, sigue siendo maravilloso.

El revoloteo en mi estómago provoca que suspire y me cueste volver a centrarme en lo que tengo que hacer. Faltan diez minutos para abrir la librería y el vacío de las calles me hace pensar que no van a venir muchos clientes a causa del tiempo, así que llevo las manos a mi cintura y echo un vistazo a mi alrededor. «¿Será buen momento para empezar a decorar?», cuestiono consciente de que llega una época especial para los libros; a la vez que imagino este espacio lleno de luces y adornos. Giro la cabeza para mirar a la puerta viendo aparecer a Elías junto a un relámpago que sacude el interior del ático y me sobresalta pegándome un susto de muerte.

Su puño aporrea el cristal y la tormenta empieza a descargar la furia contra él.

—¡Tendría que dejarte ahí fuera, joder! —grito llevándome la mano al pecho—. No me puedo creer que siga haciendo esto... —susurro a continuación.

—¡Abre, hostia! ¡Que me voy a empapar! —se queja. Por un momento estoy tentada a no hacerlo con tal de que sufra un buen rato pero el pensamiento malicioso desaparece en cuanto me lanza una súplica con sus ojos miel, escondidos tras unas gafas que ya no le dejan ver nada.

El esfuerzo que tengo que hacer para no reírme es monumental y, de hecho, Elías se da cuenta porque en cuanto abro la puerta me hace una peineta a la vez que se abre paso al interior del ático como un huracán.

—Como mojes algún libro, estás muerto.

Al hablar se me presenta un *deja vú* y él se gira para mirarme con odio.

—¿Por qué siempre que aparezco por aquí tienes que amenazarme? —protesta y se quita la chaqueta para llevarla a la trastienda.

—Porque pones en peligro mis mayores tesoros —reivindico apuntándole con un dedo—. ¿Qué excusa has puesto hoy para escaquearte?

Elías abre la boca para decir algo, pero enseguida me doy cuenta de que se ha quedado sin argumentos y cuando hincha las mejillas como un crío me da la risa.

Evito provocarle más y busco una toalla con la que se seca el pelo. Por suerte para él, todavía tengo un par de sudaderas de las que se ha ido dejado por aquí en visitas anteriores, así que eso le hará entrar en calor. Y hablando de eso, de repente se me antoja un chocolate caliente y el estómago me ruge, provocando que mi mejor amigo se gire con cara de sorpresa.

—¿Otra vez sin desayunar? —pregunta, adivinándome el pensamiento.

—No sé qué me pasa últimamente, Estoy súper nerviosa, esta noche he dormido fatal, así que he apagado el despertador y ni me he enterado. Y para colmo, casi me mato al venir corriendo —bufo—, total, con el día que está haciendo no creo que venga nadie, no ha merecido para nada la pena quedarme sin comer nada.

—Podríamos aprovechar para decorar al mejor estilo navideño. —Elías se encoge de hombros y yo le miro sorprendida porque justamente esa era la idea que tenía en la cabeza cuando ha aparecido—. Mi madre tiene un montón de adornos guardados de otros años, así que

no creo que tengas que comprar mucho, aunque siempre podemos pasarnos por el centro comercial, desayunar algo rico y perdernos horas y horas rebuscando entre las últimas tendencias en decoración.

Se revuelve el pelo y después intenta peinarlo, algo imposible teniendo en cuenta sus rizos rebeldes. Pero lo que quiero es darle un abrazo por haber tenido una idea que va a salvar mi mañana, aunque al acercarme a él percibo con claridad el color morado que está presente en sus párpados delatando un enorme cansancio del que no me había dado cuenta.

—Estaré encantada de hacerle una visita a Aike y... no solo por los dulces.

—No solo por los dulces —repite Elías conmigo, partiéndose de la risa—. No tienes remedio, cualquiera diría que solo te interesa por eso.

—En parte sí y en parte no, aunque ahora hay otra cosa que me importa más. ¿Cómo vas con lo tuyo?

Llevada por el antojo de mi estómago, voy tras el mostrador y busco en el armario de abajo el termo que he traído de casa. Pongo dos tazas sobre este y las lleno con el chocolate caliente que tengo listo desde antes de dormir. Una chica como yo siempre tiene que estar preparada. Él se queda loco pero al segundo esboza una sonrisa encantada que disipa el cansancio que lleva cargando consigo, y cuando coge su taza entre las manos, lo noto listo para responder.

—Creo que voy a presentar la carta de dimisión, y esta vez voy en serio. Por más que lo haya intentado, no consigo sentirme valorado y tú y yo no estamos hechos para tener que soportar una vida o jefes que no queremos y no hacen más que jodernos. Me gusta el mundo de la contabilidad, pero hay algo que me entusiasma mucho más, a lo mejor ayudo a mi madre en la pastelería. —Se encoge de hombros y toma un sorbo de chocolate que le hace gemir de placer—. Joder Lara está buenísimo, llevaríamos muy bien una chocolatería tú y yo, ¿eh?

—No digas tonterías, sabes que aunque adore la cocina, no me va mucho el estrés. Prefiero hacer las cosas poco a poco, pero ¿de verdad te estás planteando lo de la pastelería?

Aprovecho para calentarme las manos mientras me siento en el taburete que está escondido tras el mostrador. Elías se apoya con cuidado en una de las mesas y de repente la lluvia cesa para dejarnos ver un arcoíris precioso que brilla entre el color gris de las nubes.

—Hasta que Noah no me lo dijo no fui consciente de cuánto me relaja seguir recetas. Con el dulce todo es fórmula, números y perfección, creo que va muy bien conmigo.

—Eso es verdad, además, no es la primera vez que noto las ganas en ti —admito y vuelvo a probar el chocolate deleitando mis cinco sentidos.

—Y al final, también es un modo de creación y hacer feliz a la gente, ¿no te parece? Todos estaríamos en algo así. Tú con tus letras, Noah con su imagen, Adriana con su música y yo alegrando el día de cualquier persona que se sienta un poco mal. —El gesto que muestra me hace pensar que está encantado con la idea, y no puedo sentirme más orgullosa de él.

La llovizna ha dejado un montón de gotas que se mueven por los cristales hasta que se pierden de mi vista, regalándome una estampa de la ciudad que fotografío mentalmente mientras disfruto de algo tan sencillo como la compañía de mi mejor amigo junto a un buen chocolate.

Al mirarle a los ojos, vuelvo a la conversación que estábamos teniendo y levanto la taza para hacer un brindis con él.

—Todo el mundo merece encontrar su camino, y tú, más que nadie en el mundo, así que haz lo que hazas, sabes que tendrás mi apoyo, y si obtengo dulces gratis a cambio, más que

mejor —bromeo rompiendo a reír.

—No tienes remedio —aclarar él y se une a mi risa con una negación de cabeza—, pero así es como te quiero. ¿Vamos a por esos adornos o no?

—¿Me estás obligando a dejar mi trabajo para pasar una mañana de compras contigo? —La pregunta le hace levantar una ceja con expresión juguetona. Hasta yo estoy encantada con la estampa que se dibuja en mi mente y eso me hace afirmar encantada—. Tenemos una cita.

—¡Bravo! —grita y levanta los brazos victorioso.

Por un segundo, le creo capaz de tirar el chocolate y eso me pone alerta, lo que provoca que él se parta de risa en cuanto ve mi cara de susto y aunque me dan ganas de matarlo, al final termino por unirme a esa felicidad especial que conocemos entre nosotros.

Porque al final, la magia todavía reside en momentos sencillos como este.

2 LUCES

ADRIANA

Llevo diez minutos mirando las calles de Irlanda por la ventana, con pequeños ríos de agua que caminan por el asfalto mientras crean momentos especiales para los niños que saltan encima de los charcos con sus botas de agua. La stampa es tan magnífica que me hace desear que todos los días el cielo descargue una lluvia de proporciones épicas, para que me permita ver la risa y el reflejo de la felicidad en las almas más inocentes y aquellos que se atreven a desafiar al tiempo corriendo de un lado a otro.

No he respondido el último mensaje de Lara, y aunque ella tampoco ha preguntado qué tengo en mente, sé que estará dándole vueltas a lo que le he dicho cuando no esté ocupada con los libros en ese paraíso vestido de estanterías.

Estar aquí es un sueño cumplido. Tras meses de obras —y dolores de cabeza— puedo mirar a mi alrededor y acariciar con los dedos las paredes del que es, mi estudio de grabación. La sala insonorizada se mantiene vacía, tras una puerta que está al final de donde me encuentro: un espacio donde poder tomar café mientras las canciones fluyen en mi cabeza antes de que consiga ponerlas en orden con mi guitarra. El rechazo a la discográfica tuvo algunas consecuencias que al final no fueron tan serias, puesto que yo ya había tomado mi rumbo desde hacía un tiempo, sin embargo, no me libré de los titulares amarillistas —tras una entrevista de Erin— que aseguraban que la carrera de Adriana Luna había llegado a su fin cuando yo pienso que es todo lo contrario. Ahora tengo un lugar en el que mis canciones fluyen de otra manera, al ritmo que yo quiero marcarlas y que se crean con una dinámica diferente. Digamos que todo es más natural y vivaz, con una esencia que nunca estuvo presente en mi música cuando iba de festival en festival y ciudad en ciudad. Nadie podrá quitarme eso.

Había echado tanto de menos una rutina más tranquila que hasta disfruté del proceso de conversión de la vieja librería ladrillo a ladrillo. Estar aquí, mirar por la ventana y ver cómo los días van pasando ha hecho que ponga los pies sobre la tierra y pueda mantener a raya esa nebulosa constante que se empeñaba en apretujar mi corazón cuando estaba fuera de la ciudad, donde el alcohol me seguía tentando como las serpientes.

Las luces navideñas ya decoran gran parte de la plaza y desde aquí puedo ver a algunas personas refugiarse en el interior de Sabor Cacao. El estómago me ruge y enseguida lo conecto con Lara y su tradición de domingos con dulce. Incluso me tienta la idea de ir a comprar algo a la pastelería de Aike y llevárselo al trabajo a pesar de que hemos quedado por la tarde para ir al cine, y tardo poco en decidirme por cumplir el deseo y moverme para buscar la chaqueta que he dejado tirada en una de las butacas de descanso.

La madera brilla bajo mis pies y las paredes también muestran la misma luz que se enciende

en mi mirada cuando echo un vistazo a todo lo que he conseguido con esfuerzo y tesón. Tras las vacaciones de Navidad, empezaré a dar clases de guitarra a unos cuantos alumnos y la idea de transmitir lo que he aprendido durante estos años, me deja con una bonita sensación en el estómago. Lo primero que se me pasa por la cabeza mientras bajo corriendo las escaleras es el deseo de compartirlo con Noah, pero no hay más que visitar su Instagram para saber que durante estas fechas está hasta arriba de trabajo. Así que, me abrigo bien y salgo a la calle para ir plaza abajo y poder llegar hasta el ático, en una visita que al final pierde todo sentido en cuanto me planto ahí; después de haber comprado unos dulces, y veo que las luces del interior están apagadas sin nadie tras el mostrador.

—Qué raro, no me ha dicho que fuera a tomarse la mañana libre... —comento para mí mientras aprieto la bolsa contra mi pecho.

El aroma a vainilla de los bollos rellenos que he traído conmigo traspasan el papel y me abren de nuevo el estómago. Las calles están llenas de charcos y la gente va tan abrigada, que a muchos no les puedo ver la cara porque la tienen prácticamente tapada con sus bufandas y chaquetas. La tirantez en mis mejillas es el primer síntoma de que me estoy helando aquí parada, así que doy media vuelta y busco uno de los bollos para devorarlo sin tregua, pensando en si debo llamar o no a Lara. El gemido de placer que suelto llama la atención de una mujer mayor que pasa por mi lado y que me sonríe dejándome un poco avergonzada y con ganas de enterrar la cabeza como una tortuga. Los tiempos muertos sin personas a mi alrededor no son lo mío, a pesar de que este lugar se ha convertido en un refugio en el que podría pasarme horas caminando sin la necesidad de hablar con alguien.

«Supongo que tendré que dar un paseo», pienso y me dirijo otra vez hacia el casco antiguo.

Iranda tiene ese peculiar encanto que mezcla la cultura española con el aspecto más añejo de ciudades inglesas o escocesas, y puedo volver a comprobarlo cuando paso frente a casas cuyas ventanas están adornadas con marcos de madera oscuros y puertas del mismo color. Algunas tienen decoración navideña y otras huelen a musgo y acebo, mientras el color rojo también adquiere un protagonismo especial, dándome ganas de echarme unas fotos en los portales más bonitos que me voy encontrando.

Aunque lo que sí hago, es hacer unas cuantas y enseñárselas a mi mejor amigo.

Adriana: Te estás perdiendo unas vistas increíbles, aunque me digas que en Londres todo se ve más bonito. Te echo de menos.

Envío el mensaje y guardo el teléfono en el bolsillo a la vez que una fuerte brisa hace que mi pañuelo salga volando. Ni siquiera me había dado cuenta de que no lo llevaba atado al cuello y mis pies reaccionan solos cuando me giro para ir a por este.

—Mierda... —«Si lo pierdo no me lo perdonaré», me digo y el corazón me da un vuelco al pensarlo, porque es uno de los últimos recuerdos que tengo de mi madre.

El tejido cae empapado sobre un charco cuando llego hasta él, aunque hay unas manos que se me adelantan y lo cogen antes de que yo pueda hacerlo. Mis dedos tiemblan y noto cómo me cuesta respirar, incluso diría que estoy a punto de echarme a llorar.

—Creo que eres su dueña —pronuncia una voz y hasta que no tengo la tela delante de mis narices no logro ponerle cara a quien lo dice. La mujer me mira sonriente, con las mejillas sonrojadas y unos ojos negros bien abiertos. Tiene los labios pintados de rojo y el pelo oscuro le cae sobre los hombros de un abrigo largo y gris que le llega casi hasta los tobillos —es lo

primero en lo que me había fijado—. Sus dedos también tiemblan, pero estoy segura de que es a causa del frío por lo rojas que tienes las manos—. Eh, ¿estás bien?

—Sí... —Aprieto el pañuelo contra mí y no noto la paz que siento al tenerlo, tanto que de mis labios se escapa un suspiro y echo todo el aire que hay en mis pulmones. Aspirar el aroma que se ha quedado impregnado en la prenda me da paz y no exagero al decir lo siguiente—: Acabas de salvarme la vida.

—No es nada, estas cosas pasan, sobre todo cuando vamos corriendo a todas partes. —La desconocida aprieta los labios e inmediatamente guarda las manos en sus bolsillos.

—No eres de por aquí, ¿verdad? Se diría que el frío de Irlanda te ha pillado por sorpresa. — Las palabras fluyen de mis labios con facilidad, convirtiendo un momento incomodísimo en una charla que ¿la verdad? Tampoco sé si tiene mucho sentido.

—Recién llegada, ¿tanto se me nota? —Cuando ve que no digo nada más, asiente y se da por vencida—. Claro que sí y encima, creo que me he perdido. Tengo una reunión en el ayuntamiento y ya voy tarde.

Se le nota la desesperación en la cara cuando echa la cabeza hacía atrás y bufa tirando todo el aire de sus pulmones, así que arrugo el pañuelo entre mis dedos y me giro para mirar a mi espalda.

—Está a unos cinco minutos de aquí, no tiene mucha pérdida. Puedo acompañarte, si quieres —ofrezco y le muestro el camino—. Soy Adriana, por cierto.

Ella se me queda mirando y dobla la cabeza como si estuviera intentando analizar lo que tiene delante de sus ojos y, de hecho, no tarda en abrirlos con sorpresa.

—Espera, Adriana Luna, ¿la famosa cantante que renació en el Estrella? —De repente, su semblante cambia a uno más tranquilo, casi como si le hubiera salvado la vida y cuando asiento, parece que esté a punto de dar saltos de alegría—. Tenía pensado ponerte en contacto contigo, mi reunión tiene un poco que ver con eso.

—¿Cómo...? —Apenas he sido capaz de reaccionar y ya me estrecha la mano.

—Soy Laura, Laura Molina, trabajo para la agencia de publicidad Marcel, este año nos ocupamos del marketing de los eventos de Navidad y tengo algunas ideas para darle un giro de ciento ochenta grados al asunto —dice casi sin respirar, como si temiera a que fuera a huir de un momento a otro. Y podría ser—. Leí la entrevista de tu ex compañera, Erin, y la verdad es que no estoy muy convencida de lo que dijo...

—Ella siempre tiende a exagerar un poco las cosas —interrumpo y me llevo los dedos a los labios por si ha quedado algo de azúcar ahí—. Pero yo ya he pasado página, la verdad es que ahora tengo una vida muy tranquila, y no quiero que esta se empañe por el pasado.

—Y eso es justo de lo que quiero hablar. —Laura parece no rendirse y lo puedo ver en una mirada llena de determinación—. Tengo entendido que compraste la vieja librería de Irlanda y la has convertido en un paraíso donde el arte será protagonista. Sé que no eres dada a llamar la atención, pero me gustaría que te tomaras un café conmigo, prometo hacerte cambiar de opinión.

Un cosquilleo en la nuca me advierte de que tal vez esto no sea buena idea, porque sé a lo que viene. Pero si lo analizo bien, quizá sus intenciones sean buenas para el estudio y al edificio en general, porque no solo vivirá de música, así que acepto tras apretar los labios y mostrarle mi mano a modo de trato que Laura sella encantada. Las suyas van a parar a su pelo y se hace un recogido con el que evita que el aire le tape incluso la visión y enseguida mira al frente, dispuesta

a iniciar el camino desconocido hacia el ayuntamiento.

—¿Qué tal si lo tomamos en Sabor Cacao después de tu reunión? —propongo y un extraño cosquilleo se me presenta en la boca del estómago.

Las dos empezamos a caminar tras su afirmación y mi acompañante parece encantada, así que guarda las manos en los bolsillos otra vez y sigue mis pasos a la espera de que la guíe. El brillo del sol empieza a colarse a través de las nubes y me fijo en cómo la luz incide en las calles de Irlanda con ese encanto especial que ofrece esta época y que me hace pensar que, equivocada o no, ya quiero conocer esa propuesta.

3

CAMBIO DE PLANES

LARA

Es la última vez que dejo a Elías convencerme de ir al centro comercial para echar un vistazo a la decoración navideña de la temporada, porque el ver se ha traducido en comprar un montón de cosas que no tengo ni idea de si al final se van a quedar metidos en sus respectivas cajas. «Si hay algo que no utilizas, lo pondré en la pastelería de mamá», dijo nada más salir cargados de bolsas. Si Aike hubiera visto los ojos saltones de su hijo y la sonrisa triunfante que se le dibujó en la cara, seguramente habría deseado cerrar el local hasta después de Navidad. Ahora, tengo varias cajas sobre el mostrador del ático y mi casi título de decoradora de interiores —auto entregado— tendrá que hacer de las suyas para ver cómo queda todo esto sin necesidad de recargar la librería.

Están a punto de dar las seis de la tarde y como había vaticinado, la gente no está muy dispuesta a pasar una tarde de frío con tal de llevarse algunos libros a casa, así que, con las mismas, recojo el pequeño desastre que he organizado —antes de decidirme con qué decorar— y me pongo el abrigo para ir a buscar a Adriana.

El aire me hielas las mejillas en cuanto giro el cartel de «cerrado» y piso la calle. Iranda se muestra navideña antes de tiempo con las luces puestas y la música que suena a través de algunos altavoces colocados por diferentes partes de la ciudad, pero aquí, en el casco antiguo, se siente incluso diferente, más acogedor. La plaza está a tiro de piedra, y por eso me tomo el camino con tranquilidad, disfrutando de los pocos escaparates que todavía están iluminados y de la gente que me saluda desde el interior de los comercios. La sensación de vergüenza todavía no se me quita del todo, es como si cada vez que alguien asiente o me dice que ha leído mi libro, mi interior batallase con un montón de sentimientos que no logro poner en orden a pesar de que han pasado semanas. Y la única que tiene el poder de calmar un poco todo eso, es Adriana.

Estoy a punto de verla, pero decido coger el teléfono y me quito uno de los guantes para llamarla y ver si ha terminado la jornada.

—Estoy a cinco minutos —anuncio en cuanto descuelga.

—Tienes que venir a Sabor Cacao, hay cambio de planes.

—Pero, ¿y la película? —Mi pregunta parece absurda después de sus palabras, pero no puedo evitar hacérsela.

—Podemos ir la semana que viene, en serio, es importante, sino no te lo pediría. ¿Te parece bien? —La voz de Adriana adquiere ese tono de súplica con el que caigo de inmediato, lo que me hace suspirar y darle un «sí» que sale a regañadientes de mis labios. Joder, tenía muchas ganas de elegir entre *Breve encuentro* y *Perdición*, pero supongo que tendrá que ser en otro momento—. Por eso te quiero, no tardes mucho.

—¿Y qué hay de lo que me ibas a enseñar? —La llamada se corta y me deja con las palabras en la boca y un repentino cabreo que intento disipar apretando el teléfono entre mis dedos—. Venga, solo es una película —me digo, aunque todo el mundo sabe que yo no estoy echa para que me cambien los planes a última hora.

La plaza está repleta de gente cuando llego después de haberme entretenido un poco mirando los escaparates con tal de que el enfado se fuera del todo, y parece que la cafetería no presenta síntoma contrario, porque veo a un montón de clientes entrando y saliendo de allí como si ofrecieran oro en el chocolate.

Antes de entrar, me ajusto las gafas y echo un vistazo a la antigua librería, ahora con una placa que anuncia «Adriana Luna: compositora» y que luce un aspecto increíble después de las reformas que ha sufrido en los últimos meses —aunque no se ha retocado demasiado la fachada —, dando al edificio un aspecto de hogar con el que te dan ganas de perderte ahí dentro todo el día. La bufanda que llevo alrededor de mi cuello se queda en mi brazo y abro la puerta de Sabor Cacao para ver a Adriana en una de las mesas que hay al fondo del local, en compañía de... «¿Quién es esa?», comento para mis adentros, agradeciendo no haberlo dicho en voz alta.

Mi chica levanta la mano y me saluda bastante contenta, incluso podría decirse que está emocionada. Sus ojos han adquirido ese brillo especial que siempre he reconocido en cuanto me mira y eso provoca que el malestar que se me había quedado en el pecho por no ir al cine, desaparezca por completo.

—No te habrás tomado un chocolate sin mí, ¿verdad? —bromeo poniendo los brazos en jarras y ella esconde la taza como si quisiera ocultarme su contenido, cuando desde aquí puede olerse el café.

Ante la atenta mirada de su acompañante, Adriana se levanta y deja las manos cálidas sobre mis mejillas provocándome un cosquilleo en la nuca que se extiende al besarme, compartiendo conmigo el sabor amargo que ha quedado en los suyos. No soy capaz de contener el suspiro que se me escapa de los labios, ni tampoco evitar que los pelos se me pongan de punta. Me pone loca que siga teniendo ese efecto en mí.

—Cariño, ella es Laura Molina, trabaja para la agencia de publicidad Marcel. —La mujer se levanta y me ofrece su mano derecha. Cuando la estrecho siento el entusiasmo que también se ve en una mirada que parece creada para explorar la noche.

—Encantada de conocerte —digo y por increíble que parezca, no sé qué más añadir.

—Ha venido a Irlanda para organizar la campaña de las fiestas, el ayuntamiento los ha contratado para darle más reconocimiento a la ciudad. —Por suerte, Adriana continúa hablando y me salva de una situación que está empezando a ser vergonzosa—. Siéntate y escúchala, seguro que te van a maravillar sus ideas.

—Vale... —Incrédula, me quito el abrigo y lo dejo en el respaldo de la silla junto a la bufanda y tomo asiento para llamar la atención del camarero—. Ya que estoy aquí, voy a pedirme un chocolate.

—Así que sí es tan golosa como me has contado. —Laura sonríe y se lleva una mano al pelo para guardar un mechón negro tras su oreja izquierda, después se echa hacia atrás y se me queda mirando en silencio, como si quisiera tantear el terreno antes de hablar. Esto no puede traer nada bueno—. ¿Qué te parece si organizamos un pequeño reportaje en tu ático? Adriana me ha contado que los miércoles es jornada de puertas abiertas y que muchas personas van a disfrutar

de una tarde de lectura, quedaría muy bien para la ciudad que la dueña y escritora de *Letras al cielo*, nos abriera sus puertas.

—*Letras al alba* —corrijo y ella levanta una ceja—. Mi novela, se llama *Letras al alba*.

—Ah, perdona, la emoción me hace perder las palabras.

—¿No es un sitio pequeño para traer a las cámaras? Ya estoy replanteándome abrir el ático algún día más debido a la toda la gente que siempre viene. —Esta vez, hablo para Adriana, sin entender cómo me ha citado aquí con una completa desconocida sin mencionar nada de un plan que me parece una locura.

—Ahí es donde entra la antigua librería. La segunda planta ya está prácticamente preparada para que la gente pueda pasearse por allí y tomar prestado los libros que quiera. Sé que teníamos previsto hacerlo dentro de un par de meses, pero nos vendría muy bien hacerlo ahora, sería una forma de presentarla como el segundo ático. Podemos poner aforo limitado para el día en que vaya el equipo de Laura.

El camarero me sirve el chocolate que había pedido y por un momento me centro en la sensación que el calor me produce en todo el cuerpo. El calendario que tenía perfectamente organizado en mi cabeza se hace pedazos y los trozos de papel vuelan para perderse por las calles de Iranda. Espero que ninguna se dé cuenta de lo que me cuesta poner los labios en la taza y hacer como si nada.

—Le comentaba a tu chica que este año quiero que los eventos que se organicen en la ciudad sean un poco diferentes a los de años anteriores. Mi compañero, Roberto, me ha hablado muy bien de los vecinos, el mercado, los juegos que se hacen en la plaza y demás, pero desaprovechar la oportunidad de haber rehabilitado un edificio que ha significado tanto para ti y para la ciudad, sería un completo desperdicio.

—¿Qué más tienes pensado hacer? —pregunto, y mi interior me da un vuelco al darme cuenta de que parece que Adriana le ha contado la historia que tengo con la librería, y eso, no me gusta nada.

Laura se queda mirando a mi chica y le sonrío volviendo a levantar una de sus cejas, y cuando apoya las manos sobre la mesa, sé que lo que va a decir no me va a gustar.

—Vamos a hacer una noche especial, una especie de concierto acústico donde la música esté presente y el resto del arte también tenga su espacio en el edificio, cuadros, libros, incluso cocina. Iranda puede convertirse en un punto turístico muy importante para estas fechas, más de lo que ya lo ha sido en pasados años.

Adriana esboza una sonrisa de oreja a oreja y se la ve tan contenta, que me da miedo decirle que me parece muy precipitado teniendo en cuenta que apenas faltan veinte días para que sea Navidad. Dejo la taza sobre la mesa en silencio y trago saliva, con el regusto del chocolate revolviéndome el estómago por culpa de los nervios repentinos que acabo de sentir. Ella alarga la mano y coge la mía, entrelazando los dedos mientras me mira con ilusión.

—¿Qué te parece? ¿No es una locura maravillosa?

—Locura sí que es, desde luego —respondo de golpe, casi sin darme cuenta, pero hago todo lo posible para que mi cara no diga lo que realmente estoy pensando, así que termino por darme por vencida—. Me suena muy bien —añado e intento mostrarme contenta al respecto.

Mi chica lo celebra bebiendo de su café y Laura coge el teléfono.

—Haré una llamada a mis jefes, voy a poner todo a punto de inmediato.

Trago saliva y escondo mis labios tras la taza de un chocolate que parece haberse enfriado de golpe y cuando bebo, siento que esto se va a salir de control.

4

NO ES CASUALIDAD

ADRIANA

La plaza ya se prepara para alojar a los diferentes puestos que darán un sentido diferente a esta época del año. El gentío se mueve por todas partes mientras sacan maderas y telas de los respectivos camiones que hay aparcados en la zona que da paso al norte de Irlanda —otro cúmulo de calles que termina por conectar con el río Sari—. Las voces y las charlas se viven de una manera diferente por aquí, cargadas de esa ilusión que tiene la gente por vender sus productos artesanos y los dulces que son gloria para el estómago. Algunos de los vecinos me saludan y otros pasan por mi lado sin apenas mirarme a la cara, siendo este uno de los pocos privilegios de no ser tan conocida que todavía guardo.

El pelo me cae sobre el abrigo y se funde con el pañuelo de mi madre que lavé nada más llegar a casa y que todavía conserva su aroma. Han pasado tres días desde que Laura habló con sus jefes y los nervios han hecho que apenas pueda pegar ojo. La oportunidad de mostrar mi trabajo y el edificio que dará fruto a todas mis canciones ha hecho que me concentre en la composición a pesar de que en alguna ocasión todavía sufro el bloqueo que me limitó durante meses después de volver a Irlanda.

A pesar de que es domingo, ya estoy en la puerta de la librería esperando a que los chicos vengan para echarme una mano con la decoración del interior y, de hecho, no tardo mucho en ver a Elías llegar, con un par de bolsas de papel y el frío pegado a sus mejillas rojas. Lara le acompaña con varios vasos y un termo que de seguro contiene chocolate, un detalle que siempre logra hacerme sonreír. Con ella no moriría de hambre, desde luego, pero lo que me deja boquiabierta es ver al resto cargado de cajas que apenas les dejan ver mientras intentan esquivar a todo el barullo de gente que se mueve por la plaza.

—¿Todo eso son adornos? —pregunto alzando la voz, sonando como una chiquilla sorprendida.

—Al final compramos un montón de cosas para el ático, así que he traído los viejos adornos de mi madre. La pastelería ya está decorada, igual que su casa, no va a necesitar esto. Pero Lara es una derrochadora. —La protesta de Elías se queda en nada en cuanto ella lo fulmina con la mirada, provocando que Yago y María se echen a reír.

—Yo creo que ese problema os viene de lejos —indica el primero, pasándose una mano por su cabeza rapada.

Elías está a punto de darle un manotazo, hasta que recuerda que lleva las manos cargadas de bolsas y eso le hace contenerse.

—Porque no quiero echar a perder estos bollos, que si no te las verías conmigo —le dice y la escena provoca que las chicas pongan los ojos en blanco—. Los he hecho rellenos de crema de

pistacho y hay otros con dulce de leche, también de chocolate, por supuesto. Y no creerías que me he olvidado de los estómagos sensibles, ¿eh? —declara con triunfo.

La boca se me hace agua al pensarlo, y ya noto cómo el mío ruge, a la espera de hincar el diente en uno de esos magníficos bollos.

—Así que lo de dedicarte a la pastelería iba en serio —comento mientras busco las llaves en el bolso.

Una vez que las encuentro les doy la espalda y camino hacia la puerta que dio inicio a un sueño maravilloso, y también, que me hizo conocer a la mujer más increíble con la que haya tenido la suerte de cruzarme.

—De hecho, no he querido comentaros nada porque todavía no sabía si podía decirlo abiertamente, pero la empresa ha aceptado mi carta de dimisión sin problemas, en una semana seré libre y podré dedicarme completamente a los dulces.

—¡Hostia, eso es genial! —grita Austin y el resto le sigue dando saltos y felicitando al nuevo desempleado—. Tío, tú no estás hecho para estar tras un ordenador, me alegra que hayas dado el paso. La pastelería siempre ha sido lo tuyo.

Al girarme para ver de primera mano la felicidad que se refleja en sus caras, Elías se sobresalta cuando le da un manotazo en la espalda y vuelve a poner un tono divertido a este momento. Al parecer, el tiempo ha empezado a darnos la razón y por fin va poniendo a todo el mundo en su lugar, justo al inicio de la zona de salida para cumplir cada uno de nuestros sueños. Sin decir nada, enciendo las luces y estas van iluminando el techo como si de un dominó se tratara. El recibidor nos acoge con un enorme mostrador de madera que da paso a un largo pasillo y la sala de descanso.

—Joder, qué bonito ha quedado esto. —María es la primera en abrir la boca y yo asiento encantada, porque la verdad es que los obreros hicieron un gran trabajo.

—Tengo que darle crédito a Lara, tiene un gusto exquisito para la decoración —admito y la busco con la mirada para dedicarle un guiño.

—Desde luego que sí, la he visto hacer magia con el ático y en su casa, aquí no podía ser menos. Está hecha para cambiar la vida de las personas. —Noto a mi chica sonrojarse cuando Ava lanza ese comentario, e intento no prestar atención a cómo se siguen mirando, con esa complicidad a la que yo no tengo acceso.

Pero lo que yo intento, es imaginar las paredes con algunas de las pinturas de las chicas. Elías carraspea y deja los bollos en el mostrador para llamar la atención del resto sin pensárselo dos veces.

—¿Por dónde empezamos? Este recibidor es perfecto.

—Podríamos traer también algunas pastas para que la gente las pruebe y así dar a conocer un poco más la pastelería de tu madre, aunque no lo necesite mucho. —Lara se encoge de hombros cuando todos la miran queriéndole decir que es una golosa, aunque la verdad es que no me parece mala idea—. Ahora, lo primero es lo primero, tenemos que colocar el árbol y después iremos a las diferentes plantas para ver qué podemos hacer. La zona de la librería puede parecerse una extensión del ático, todavía no lo he terminado de decorar, pero ya tengo una idea para que ambos lugares se parezcan. ¿Qué me dices?

—Yo me dejo en tus manos —aclaro en cuanto Lara me mira a los ojos—. Tú eres la que tiene el don, después de todo me descubriste este maravilloso mundo.

«Y me diste la segunda oportunidad de mi vida», digo para mí a la vez que Ava me dedica una mirada sin llegar a sonreír.

Los siguientes minutos los pasamos entre risas y adornos que van de un lado a otro. Los chicos se vuelven críos durante un rato en el que se los tiran a la cara o se ponen a correr como si este lugar fuera un patio de recreo, y las chicas somos el claro contraste que prefiere dedicar las energías a decorar un espacio que poco a poco se baña de colores, luces, guirnaldas y espumillón.

La tarea en las diferentes plantas de la vieja librería me deja tan exhausta que no puedo evitar zamparme otro de los bollos que Elías ha traído consigo, los demás tienen razón, este chico está hecho para tener las manos en la masa, porque me han dejado con ganas de más. Estoy a punto de comentárselo cuando noto cómo el teléfono me vibra en el bolsillo con un mensaje.

Laura: He tenido una idea, si te parece nos vemos y te la comento. El equipo de grabación ya ha llegado a la ciudad.

Adriana: Ven al estudio, estoy decorando con los chicos.

Pulso «enviar» y vuelvo la mirada hacia ellos, encontrándome con una Lara que se ha puesto en la cabeza un gorro de Papa Noel y que se acerca a mí con la sonrisa más increíble que haya visto jamás.

—Qué bien te queda —digo en cuanto la tengo cerca—, me parece a mí que voy a querer que te lo pongas más a menudo.

—Eso estaba pensando yo —aclara con picardía y no tarda en besar mis labios a pesar de que los chicos están aquí—. Cuando acabemos podrías venir a casa y preparar algo de comer conmigo. ¿Qué me dices?

—Que es una idea maravillosa. —Mis manos van a parar a su jersey y la atraigo hacia mí para ser yo quien la bese—. Laura me ha envidado un mensaje, quiere comentarme algo, le he dicho que venga. —El semblante de Lara cambia de inmediato y hasta le es difícil aguantar el suspiro que se escapa de entre sus labios—. Sé que es domingo, pero seguro que no tardamos mucho, al parecer el equipo de grabación ya ha llegado a Irlanda.

—Pues sí que ha tardado poco en mover la maquinaria —bromea, aunque hay algo en el tono de su voz que no termina por alegrarme—. Le meteré a los chicos prisa para terminar, me están poniendo de los nervios. —Lara me da un pico y se gira para encararlos, poniendo los brazos en jarras—. ¡Eh, tenemos que terminar rápido así que parar de ser unos críos de patio!

Elías, Yago y Austin dejan caer una pelota que habían encontrado entre las cajas y las chicas se nos quedan mirando a punto de reír. Enseguida, mi chica se pone en modo sargento y les da los últimos adornos que quiere que pongan en las estanterías y mesas bajas que hay por toda la sala. Verla tan implicada me saca una sonrisa, aunque tomarse las cosas en serio, no es algo que desconociera de ella, porque lo viví de primera mano cuando viajamos a Lerici para conocer a su madre.

La estampa es digna de guardarla en la memoria, y por eso cojo el teléfono para sacar algunas fotografías que seguramente, volveré a mirar en noches de insomnio. El pensamiento provoca que se me meta en la cabeza la imagen de Río y Jana a mi lado, mientras ella y yo hacíamos justo esto, en unas navidades que ya me parecen muy lejanas y que, ahora, ya no le hacen tanto daño a mi corazón.

5 CONEXIÓN

LARA

Al final no hubo comida ni rato juntas. Laura se encargó de estropear mis planes al pedirle a Adriana que hicieran algunas tomas de la vieja librería reconvertida en un escenario de ensueño, y aunque poco a poco me convengo de que la idea va a ser maravillosa para el futuro del estudio de grabación, todavía no tengo claro por qué me molesta tanto la presencia de esa mujer. O quizá sí, porque no hubo un instante en el que no quisiera llamar la atención de mi chica con un trato digno de «La propia Erin», pienso para mis adentros. El lunes no ha empezado tal y como tenía pensado después de una noche en la que he intentado escribir para dar rienda suelta a los sentimientos que rebotan en mi interior. Elías no se ha cansado de repetirme desde que nos conocemos que, a veces, mis inseguridades tienden a ganar a la razón, y la verdad es que no puedo negárselo.

Si fuera por mí, hoy no iría a trabajar, pero el día ha amanecido soleado y teniendo en cuenta que faltan poco más de dos semanas para Navidad, los clientes más exigentes querrán hacer las compras adelantadas.

—Con un chocolate valdrá para curar las penas —me digo a mí misma, dando a la situación una importancia que tal vez no tenga.

Mi ordenador está abierto sobre la isla mientras voy echando un vistazo a los posibles regalos que quiero comprarle a mi madre, una mujer a la que todavía no termino de conocer, pero que tiene muchas cosas en común conmigo. Mi relación con ella se volvió mucho más cercana tras su primera visita a Irlanda y ya estoy deseando volver a verla, tanto que ya tengo en mente un viaje a su ciudad para conocer a su familia, aunque no sé cuándo podré sacar tiempo para hacerlo.

El chocolate que he preparado hace cinco minutos mantiene mis manos calientes mientras espero a que lleguen las 8 de la mañana. Doy un sorbo pequeño y después otro, hasta que el humo se disipa más allá de la taza y puedo beber tranquilamente un manjar que no puedo dejar de lado por más que lo intente. Para mí el invierno es igual a dulce todos los días.

Sumergida en mis pensamientos, giro la rueda del ratón y sigo echando un vistazo a unos relojes preciosos y personalizados que estoy segura de que le van a encantar. Y justo cuando estoy a punto de meter en la cesta de la compra uno, el teléfono vibra sobre la mesa con un mensaje de ella.

Stella: No te lo vas a creer, pero he conseguido unos días libres en el trabajo, ¿qué te parece si voy a Irlanda y me enseñas cómo se vive la Navidad por allí?

Sus palabras me dejan boquiabierta y estoy a punto de tirar la taza. Por suerte, el chocolate sobrevive y no tendré que limpiar el desastre que habría organizado. ¿Tener a mi madre aquí en

esta época del año? «¡Sería increíble!», me digo de inmediato y tardo poco en responder.

Lara: Me harías la mujer más feliz del mundo.

Lo primero que pienso tras enviar el mensaje es en contárselo a Adriana, así que me termino el resto del chocolate, limpio los labios y voy a buscar las cosas para ir al estudio de camino a El ático verde.

Con la chaqueta puesta y la bufanda enrollada en el cuello, abro la puerta y estoy a punto de chocarme contra ella. De hecho, no acabamos en el suelo gracias a sus reflejos.

—¡Eh! ¿A dónde vas tan deprisa? —dice, agarrándome fuerte de los brazos.

—Yo... —Cuando sus labios maquillados en color tierra me sonríen, me quedo envuelta en esa imagen durante unos segundos—. Iba a buscarte, tengo una noticia increíble que darte — consigo decir.

—Entonces me has leído la mente, porque yo estaba deseando verte.

Adriana me empuja y cierra la puerta con el pie. Sus manos atacan a mi bufanda y me la quita rápido, estampando sus labios con los míos en el proceso. Notar la calidez de su lengua hace que se me escape un suspiro y el cosquilleo empieza a subirme desde el vientre a todo mi cuerpo. La sorpresa me ha dejado con el corazón latiendo a mil por hora y de no ser porque lo siento en mi pecho, diría que hasta he dejado de respirar.

Sus ojos se clavan en mí con posesión y no tarda en arrugar los dedos sobre mi abrigo.

—¿Qué pasa? —pregunto, aunque no tengo claro por qué lo hago.

—¿No puedo echar de menos a mi novia? —Su respuesta viene seguida del roce de sus labios en los míos—. Ayer no pudimos tener nuestro día —susurra y pega su boca a mi oído, dejando un pequeño mordisco en el lóbulo de mi oreja.

—Hoy es lunes, tengo que... —La voz se me corta en cuanto abre la cremallera y mete sus manos bajo mi ropa.

El tacto frío me deja paralizada, aunque no tardo en notar cómo la piel se me eriza. Sus ojos vuelven a mí y no puedo resistirme a la forma en la que me mira, ni tampoco a cómo se pasa la lengua por unos labios que quiero besar hasta el cansancio. Y eso es justo lo que hago, porque tardo poco en caer en su encanto y llevarla al salón de casa. Yo misma me deshago del abrigo y tiro el bolso que aún llevaba colgado al suelo, el ruido de las llaves me saca una sonrisa y las dos reímos antes de entregarnos al placer.

Su lengua roza mi cuello y se queda ahí durante un rato mientras me desnuda poco a poco, asegurándose de excitarme con cada lugar que acaricia. Adriana me saca un gemido, y se jacta de ello muy cerquita de mí, para acabar por apartarme con las manos y tirarme contra el sofá. Cuando caigo la veo acercarse lentamente. Ella también se quita su abrigo y se saca el jersey que lleva puesto, abordando el pantalón para bajárselo poco a poco mientras da un paso y otro más, hasta que se coloca entre mis piernas y noto la calidez de su piel sobre la mía. El pelo le cae haciéndome cosquillas en el cuello y después en mi pecho cuando me quedo casi desnuda bajo ella. Adriana no dice nada, pero tampoco lo necesito, porque sus besos son suficientes para dejar claro qué es lo que quiere y cuánto me desea, despertando entre mis piernas la humedad que ya grita a voces ser abordada por sus dedos.

—¿Todavía quieres ir a trabajar? —susurra sin levantar la cabeza.

Podría jurar que sus labios esbozan una sonrisa victoriosa, sobre todo cuando mis dedos se aferran a la tela que cubre el sofá mientras se mueve y reparte besos por cada centímetro de mi

piel desnuda. La ropa interior desaparece con la ayuda de sus manos, ella continúa sin mirarme, y aunque eso me pone nerviosa, no significa otra cosa al preludio de algo que me excita y me enciende igual de rápido que su lengua rozando mi sexo. Adriana la arrastra lamiendo mi humedad y provoca una vibración en mi vientre que se extiende hasta lograr que el latido de mi corazón se dispare, arrancándome unos gemidos que ya no puedo ocultar entre mis labios.

Sin esperas, empieza a marcar círculos y se lleva toda la cordura que me queda. Una de sus manos se arrastra por mi vientre erizándome la piel a la vez que yo levanto mis caderas y empiezo a moverlas al compás del ritmo que marca con su lengua. La humedad me resbala por los muslos y aunque mi cuerpo se empieza consumir en ese fuego, no quiero que pare, y parece leerme la mente cuando usa sus dedos para invadir mi interior con furia y un deseo que me vibra en los labios cada vez que gimo. Adriana me eleva al cielo en cuestión de segundos y cuando me lame con más fuerza empiezo a temblar. Sabe que si continúa así no tardaré mucho en correrme y su maldad se acentúa porque me penetra con la misma pasión con la que sigue acariciándome.

De un momento a otro siento que no podré más y por eso llevo mis manos a su nuca, atrayéndola hacia mí. Elevo mis caderas y ya puedo notar cómo mi interior se contrae y atrapa sus dedos. La excitación recorre todo mi cuerpo y me obligo a morderme el labio inferior cuando noto que el orgasmo me invade; justo cuando ella abandona mi interior y lleva los dedos a mi boca para que pueda saborearme, en un acto que produce un placer todavía mayor y que me deja con la respiración entrecortada, mi sexo vibrando y pidiendo más, mucho más. Adriana levanta la cabeza y sonríe con orgullo, se arrastra por mi cuerpo y llega a mis labios para besarme con desenfreno.

—Eres increíble... —consigo susurrar y ella se muestra tan feliz que veo cómo sus ojos se encienden. Su mano derecha se cuela entre nuestros cuerpos y yo la atrapo por el trasero, atrayéndola hacia mí, sintiendo el latido de su corazón contra mi pecho—. Me has quitado todas las ganas de ir a trabajar —confieso.

—Me apuntaré el logro —dice y aborda mi cuello para repartir unos cuantos besos que vuelven a erizarme la piel.

Mis manos se mueven por inercia y la busco para provocar que gima por primera vez, en un recorrido que va desde sus pechos hasta el interior de sus piernas. La respiración se le entrecorta en cuanto me encuentro con su humedad y ella hace lo mismo conmigo. Nuestras caderas empiezan a moverse al unísono y la beso, perdiéndome en mi lugar favorito, en unos labios que saben a placer, en un cuerpo que se ha convertido en mío, como todas las veces que yo he sido suya.

Adriana gime y me pide más al moverse, dejándome claro que el ático va a tener que esperar, porque si soy sincera, irme de aquí es lo último que me apetece en este momento.

6

FELICIDAD EN PEQUEÑOS PASOS

ADRIANA

La mesa de la sala de espera del estudio está hasta arriba de papeles y no tiene pinta de que eso vaya a cambiar. Nunca pensé que organizar un concierto especial fuera tan complicado, aunque cabe destacar que la idea tardía nos ha costado tener que hacer todo a última hora, y eso está empezando a generarme un poco de estrés.

Hace una hora que le prometí a Lara que nos veríamos cuando cerrara el ático y no estoy muy segura de poder cumplir con mi promesa. A mi lado, Laura estudia el último papel que ha traído del ayuntamiento y ya ha mandado varios correos electrónicos a su empresa para que traigan lo antes posible al resto del equipo que vamos a necesitar para grabarlo todo. Según me ha dicho, algunos de sus compañeros ya se están paseando por toda Irlanda recogiendo información, fotografías y entrevistas en los lugares más emblemáticos, parando en esta plaza, donde el mercado ya nos acerca más a la Navidad.

—Necesitamos un pequeño incentivo para que la gente acuda al concierto, algo que despierte su espíritu, no como en un fin de semana normal. Al principio pensé en hacer algo más tranquilo aquí, pero siento que el espacio va a ser insuficiente.

—¿Y por qué no lo hacemos en el Estrella? —propongo dejándola pensativa—. Allí suele ir mucha gente, pero podemos conseguir lleno completo si es por algo especial.

—Por algo especial... —Laura se lleva el bolígrafo a los labios y deja un par de toques en este—. Un concierto navideño de Adriana Luna, como si fuera la celebración de fin de año, sería maravilloso organizar una fiesta por todo lo alto y tener un día de jornadas abiertas aquí, para mostrar los cuadros de vuestros amigos y el trabajo que vas a hacer por aquí. Pero necesitamos un incentivo, algo que eleve el espíritu de estas fechas.

—¿De verdad podrías lograr organizar todo en tan poco tiempo? —Por la expresión que pone, me queda claro que ella sería capaz, hasta sus ojos me dicen un «sé lo que me hago» que no puedo ignorar—. ¿Qué te parece si recaudamos fondos para futuros músicos? Así podrían acceder a una beca para estudiar música en el estudio, comprar instrumentos, o algo así. —A Laura se le ilumina la cara ante mi propuesta.

—¿Tienes pensado ser profesora? —Aparta la atención de los documentos y se me queda mirando encantada—. Porque creo que tienes mucho talento y cosas que enseñar a futuros cantautores.

Se echa hacia atrás y recuesta un poco de lado en el sillón para apoyar la cabeza en su mano. Sus ojos observan cada detalle de lo que nos rodea y parece estar imaginándose a unos cuantos niños mientras estudian sus primeras notas a guitarra o piano.

—¿No te parece una idea descabellada? —pregunto y al segundo me doy cuenta de que sigo

usando la misma táctica de siempre para no responder a lo que me dicen, lo que me hace negar y buscar el vaso de agua que hay sobre la mesa—. La verdad es que siempre he querido enseñarle este mundo a los más pequeños, la primera persona con la que lo deseé fue con mi hijo, Río.

—Vaya, ¿tienes un hijo?

—Tenía... —aclaro y su semblante cambia en cuanto la tristeza se refleja en mí. Intento carraspear, pero la verdad es que ya noto cómo la voz se me atasca, y cuando pone una de sus manos sobre mi pierna, niega—. Tranquila, es que a veces tengo la sensación de que mi mente lo olvida, ¿sabes? Perdí a mi hijo y a mi mujer hace poco más de dos años, en un accidente de tráfico.

—Lo siento mucho, no quería hacerte sentir mal, de verdad. —Laura se disculpa y noto la manera en la que se tensa. Su reacción es sincera, por lo que asiento en un intento por centrarme en otra cosa—. Seguro que habría sido un gran músico, como tú, y por eso creo que tienes la oportunidad perfecta de cumplir ese sueño. Todavía me sorprende que hayas cambiado grandes escenarios por algo más tranquilo.

«A veces, me lo parece hasta a mí», pienso, aunque no dejo ir esa opinión en voz alta.

—Aquí he encontrado una estabilidad que la carretera nunca volvería a darme. Ahí fuera hay un millón de tentaciones que pueden llevarte a sitios peligrosos, y la soledad tampoco es buena amiga, me costó mucho seguir adelante y no querer olvidarme del mundo con un montón de copas. —Me encojo de hombros y lanzo un suspiro—. Pero no hablemos más de eso, quiero concentrarme en lo que tenemos que hacer. La verdad es que al principio me pareció una locura, pero ahora estoy convencida de que esto le va a venir bien a Irlanda.

—Y también a tu estudio, tienes ante ti una gran oportunidad —aclaro y lleva su mano a mi hombro—. Me alegro de que esta ciudad tenga a personas como tú, y como Lara, el otro día me pasé por el ático y es un lugar precioso, al menos por lo que vi desde fuera.

—Deberíais ir pronto, mañana lo tendrá abierto para el público, y si llevas al equipo tendréis material increíble, te lo aseguro.

Por la forma en la que Laura me mira, debo haber dejado ver lo feliz que me siento al pensar en Lara y en su magnífico paraíso, ahí donde empecé a entender que podía merecer una segunda oportunidad y que tal vez el amor volvería a llenar mi corazón. La sonrisa me pica en los labios y tengo que esforzarme mucho por no parecer una adolescente de mejillas rojas y ojos que brillan cada vez que le hablan de su chica, aunque a estas alturas, no estoy segura de poder conseguirlo.

—La quieres mucho, ¿verdad? —pregunta Laura y, efectivamente, no me equivoco.

—Es imposible no hacerlo, me devolvió la inspiración, con eso te lo digo todo. —La sonrisa por fin se forma y estiro la mano para alcanzar uno de los documentos en el que está programado el calendario para los próximos días—. Ella también lo ha pasado mal durante los últimos años. Si te soy sincera yo no era mucho de creer en el destino, pero ahora, siento que de alguna manera, estábamos destinadas a conocernos.

—Eso es precioso, ojalá yo tuviera la misma suerte y encontrara a una mujer que cambie mi mundo para siempre. —Aprieta los labios y yo me quedo mirándola, durante un par de segundos en los que el silencio parece unirse a la melancolía que veo en sus ojos al pronunciar esas palabras—. Ahora soy yo la que se ha puesto melancólica, estamos hechas un desastre —bromea y me hace reír.

Las dos negamos y ahora soy yo la que deja una caricia en su brazo. Es difícil de creer, pero

me parece ver en su mirada parte de lo que yo llevo en mi corazón, Laura aparta la vista y se concentra en ordenar los documentos. Un par de firmas y ya tendremos todo listo para entregarlo en el ayuntamiento y que nos ayuden con esto. Noto cómo los nervios revolotean en mi estómago y de repente pienso en el Estrella y en las actuaciones que todavía ofrezco los sábados por la noche. Este diciembre va a ser especial, y aunque tenía mis dudas creo que no voy a poder evitar sentirme emocionada.

Dar alegría a Iranda y los vecinos que me han acompañado durante estos meses tan duros, sería la mínima gratificación que podría ofrecerles y ahora, nada más que puedo soñar con ver esa felicidad en sus ojos, y hacer de estas navidades, un evento inolvidable.

...

La lluvia empieza a hacer acto de presencia y estoy segura de que me voy a arrepentir de no haber traído el paraguas conmigo, aunque mientras voy calle abajo lo único que quiero es ver a la mujer que le ha vuelto a dar sentido a mi vida.

Lara está apoyada en la fachada de El ático verde y se abraza con fuerza mientras entierra su cara en la enorme bufanda que también abriga sus orejas, aunque en cuanto llego a ella me doy cuenta de que está encogida por el frío. Sus gafas se empañan por el vaho y este también se eleva lentamente en un vaivén que, por un momento, me recuerda a nuestros cuerpos danzando entre gemidos de placer. Algo en lo que ella no debe de estar pensando por la forma en la que me mira nada más reparar en mi presencia.

—Lo siento, se me ha hecho un poco tarde —me disculpo y llevo mis manos calientes a su rostro—. Dios, estás helada, ¿por qué no te has quedado dentro del ático?

—¿Porque se supone que deberías de haber estado aquí hace veinte minutos? —suelta con frialdad, aunque se arrepiente de inmediato—. Perdona, no quería ser tan brusca —aclara y se abraza a mí con fuerza, enterrando su nariz helada en mi cuello—. Podría haber muerto de frío, lo sabes, ¿verdad? —Su exageración casi me saca una sonrisa, a cambio, la rodeo con mis brazos y la atraigo hacia mí sin decir nada más—. Te odio —bromea, y en cuanto se separa para mirarme a los ojos entrecierra los suyos—. ¿Tengo que ponerme celosa?

—¿Eso haría que me quieras más? —pregunto, usando sus propias palabras como juego. Lara me da un manotazo y rompo a reír, aunque de inmediato me centro en sus labios y la beso logrando que suelte un suspiro—. Eres maravillosa, que te quede claro y también que tengo pensado compensártelo.

—Bueno, si me sorprendes en casa como el otro día, tampoco me voy a quejar. —Ahora soy yo la que la golpea en el pecho y Lara muestra la felicidad que siente en el brillo de sus ojos.

Me encanta verla así, y también poder encontrarme con ella al final del día.

—¿Te acuerdas de lo que quería enseñarte? Con todo el lío no he podido hacerlo. —Sus ojos se abren ilusionados como platos y tarda poco en buscar mis manos—. ¿Qué te parece si vamos a mi casa y preparamos esa cena que te prometí?

Lara se acerca a mis labios y me besa sin mediar palabra, dejándome el sabor a vainilla en mi boca. Debe de haberse pasado la tarde comiendo pastas.

—Tendrás que cocinar algo riquísimo para compensar que has llegado tarde —dice y me

guiña un ojo antes de tirar de mí para empezar a caminar—. Y después beberemos un buen chocolate —añade y no puedo contener la risa.

Esto es a lo que yo llamo felicidad.

7

ECHAR DE MENOS

LARA

El apartamento de Adriana nos recibe con una calidez que provoca que la piel se me erice ante la diferencia de temperatura con respecto a la calle. Tengo las mejillas tirantes y las manos me duelen por culpa del frío, pero hasta eso pierde el sentido en cuanto pasamos al interior de un lugar que recuerdo con felicidad, música y comida china. Estoy a punto de dar un paso al frente cuando ella se pone a mi espalda y me tapa los ojos, sobresaltándome al instante.

—¿Qué haces? —cuestiono con los nervios moviéndose por mi estómago.

—Si lo ves antes de tiempo no sería sorpresa —comenta Adriana sobre mis labios, y después me dirige lentamente hacia el salón—. He cambiado algunas cosas y tenías que ser la primera en verlo, ¿estás preparada?

Al principio no sé muy bien a qué puede referirse, pero entonces recuerdo la tarde que pasamos mirando muebles por internet y la alegría se instala en mis labios cuando esbozo una sonrisa que ya no puedo contener. «Me encantaría darle a este sitio un toque que tenga que ver contigo, con el ático, con nuestras letras...», la voz de Adriana se instala en mi mente y trae de vuelta el recuerdo de esa conversación justo cuando me para en mitad del salón y aparta las manos de mis ojos.

Me tomo un par de segundos para coger aire viéndolo todo en negro, y después abro los ojos descubriendo que ha cambiado varios muebles de sitio y que ahora, justo al fondo, hay una estantería que tiene un montón de libros. Aunque lo que más me sorprende es ver la guitarra que hay colgada a su lado, bajo un cuadro donde está impresa la letra de la canción que escribió y me cantó en la librería, y sobre otro donde puedo ver la nota que le di en el Estrella. Mi boca se abre por el asombro y noto cómo la emoción empieza a gobernar mi mirada, aunque por suerte, Adriana llega por mi espalda y me abraza para contener el temblor de mi cuerpo.

—También le he dado a tu libro un lugar especial —susurra en mi oído y lo veo en el centro de la estantería, ni siquiera había reparado que estaba ahí a pesar de que la portada nos mira con un color que brilla mucho más en este lugar.

Observo todo con detenimiento y también descubro las lecturas que le he estado recomendando durante los últimos meses y que siempre ha comentado conmigo, repleta de ilusión, con ganas de descubrir a muchos más autores.

—Esto es...

—No vayas a decir que tengo un gusto horrible para la decoración, porque ya sé que no soy tú, pero la verdad es que... —Me giro rápido y la callo besando sus labios.

Las dos nos fundimos con la otra y tengo ganas de que el tiempo se paralice para disfrutar de este momento todo lo posible, sin tener que pensar en que la noche dará paso a otro día y que

tendré que separarme de sus brazos para ir a trabajar.

—Nadie había hecho algo tan bonito para mí y encima, esto ha sido para las dos —comento y le vuelvo a acariciar los labios, llevando mis manos hacia su cuello.

Nuestras frentes se pegan y la abrazo dejando ir un suspiro que ya no puedo contener. Estar aquí es lo mejor que podría haberme pasado en la vida, y jamás tendré vidas suficientes para agradecer al destino por haberme cruzado con Adriana, porque tenerla hace que mi corazón se sienta pleno por primera vez en años, y sé que no encontraré a otra persona que pueda llenar ese hueco. De repente, se me viene a la cabeza una conversación que tuve con Elías y un gran deseo que vino después, pero lo ignoro inmediatamente, porque lo que quiero ahora es centrarme en sus bonitos ojos.

—Tú has dado vida a este apartamento y también a mi música, quiero tener presente esto aquí cada uno de los días que vuelva a despertar. —Esta confesión hace que se me encoja el corazón y que la felicidad se me instale en el estómago, ella sonríe y yo puedo ver la mía reflejada en sus ojos.

—Mi madre se va a poner como loca cuando lo sepa. Estoy deseando tenerla aquí, aunque no vaya a pasar las fechas más especiales con nosotras.

—Quien sabe, a lo mejor podrías convencerla —asegura Adriana, y aunque yo no lo tengo tan claro, me atrevo a soñar con ello—. Deberíamos ir al mercado juntas. Además, seguro que nos puede ayudar con el tema del concierto. Laura lo está llevando todo y no me gustaría cargarla con más trabajo.

—Es parte de lo que hace, creo que ya te estás implicado demasiado, así que deja eso de lado —pido y me aferro a su ropa dejando un beso en sus labios—. Sigues debiéndome una cena, así que más vale que muevas ese culo tan bonito o no sé qué haré contigo.

—Yo creo que lo tienes muy claro —comenta con picardía. Adriana se encoge de hombros y se quita el abrigo para colgarlo detrás de la puerta, haciendo lo mismo con el mío cuando se lo entrego—. ¿Vas a dejarme cocinar o te va a salir la vena de chef como haces con Elías?

—¡No te pases! —grito y le doy un manotazo al oírla reír.

Hincho las mejillas y procuro ignorarla, de hecho, me cruzo de brazos y apoyo en la encimera de la cocina esperando a que ella llegue, viendo cómo empieza a buscar entre los armarios algunos ingredientes para preparar una de sus especialidades: ñoquis.

Adriana no me mira ni un momento y esto parece una batalla para ver quién de las dos rompe su promesa primero, pero lo que más me gusta es ver cómo se mueve por la cocina mientras canturrea algunas canciones que ha interpretado en el Estrella, y que forman parte de un nuevo repertorio en el que también hay muchas composiciones personales; letras que siguen llegándome al alma y que me han servido de inspiración para escribir la que será mi próxima novela.

Del congelador saca algunas gambas y la boca se me hace agua, porque este es uno de mis platos favoritos, un salteado que acompaña a una rica ensalada donde los protagonistas son el queso y las aceitunas además de un montón de verduras que yo me he encargado de cortar mientras ella terminaba de cocinar. Los aromas se mezclan en la cocina y se mueven hacia el salón para acompañarnos en una cena que me abre más y más el estómago con cada bocado, y que vuelve a hacerme creer en que podría vivir dentro de esta burbuja por y para siempre.

—¿En qué estás pensando? —pregunta de repente y estoy a punto de atragantarme con la

comida.

De hecho, necesito beber un poco más de agua para aclararme la garganta y que esto no se convierta en una de esas situaciones donde mi mejor amigo solía ser el mayor protagonista. Adriana apoya la barbilla en sus manos y me mira con esa curiosidad que sigue poniéndome nerviosa.

—La verdad es que estaba pensando en nosotras —confieso por fin, sin ocultar el sentimiento—. Simplemente soy feliz, cenando aquí contigo, viendo cómo ahora eres capaz de componer, compartiendo estos momentos que ¿la verdad?, a veces me saben a poco.

Me arrepiento un poco al decir lo último por culpa de los nervios, pero Adriana no tarda mucho en coger una de mis manos, sonriendo de esa forma tan maravillosa que sigue enamorándome día tras día.

—Yo también pienso que son insuficientes, sobre todo cuando más trabajo tenemos. Estas fiestas van a ser un poco estresantes pero también se van a convertir en las primeras que vivamos juntas, y lo estoy deseando —dice con ilusión—. Había perdido un poco las ganas de celebrarlas. Ahora solo falta que Noah vuelva, y todo será perfecto.

—¿Crees que se tomará los días libres que prometió?

—Si no lo hace, probablemente Elías lo mate, así que apuesto por ello. Si se lo pidiera yo, seguro que no vendría corriendo —bromea y se centra unos segundos en la comida—. ¿Te das cuenta de que los cuatro hemos encontrado eso que buscábamos a la misma vez?

Su pregunta me hace pensar en cómo sucedieron las cosas, en la manera en la que nuestros amigos también se enamoraron. No podría pedirle algo más increíble a la vida en este momento, salvo quizá, tener a mi madre por aquí más tiempo. Hacía mucho que no veía a Elías tan ilusionado en el aspecto personal, y ya sueño con cenar juntos en los días más especiales de esta Navidad.

—Teníamos que pasar por muchas cosas para encontrarnos —digo abiertamente, recordando la conversación que tuve con Adriana sobre esto—. En su día, Elías me salvó y él jura que yo hice lo mismo, pero jamás soñé con que encontraríamos la felicidad de una forma tan increíble como esta. Ahora siento que mi familia está completa, ¿sabes? Y me hubiera gustado mucho poder formar parte de la vida de Río también.

No sé por qué digo lo último, ni siquiera me ha dado tiempo a meditar esas palabras, simplemente han salido de mis labios con cariño y cierta añoranza que no puedo evitar dejar ver. Ella me mira a los ojos, entre sorprendida y agradecida. Por un segundo creo que va a levantarse de la silla y marcharse, pero lo que hace es acercarse a mí y besar mis labios con calma, con ese amor que nos vibra en el pecho y que puedo sentir cada vez que estamos cerca la una de la otra.

Adriana se emociona al volver a su sitio, lo veo en sus ojos, intenta ocultarlo, pero los labios le tiemblan y en su expresión se dibuja una imagen mágica, digna de recordar en una novela o cualquier canción que ella sea capaz de conocer.

—A mí también me hubiera gustado que lo conocieras, estoy segura de que te habría enamorado, tenía una luz increíble a pesar de ser tan pequeño. Era capaz de sacarme la mejor de las sonrisas incluso en mis peores días. —Sus dedos acarician el vaso y dibujan círculos en un intento por distraer la mente. Me duele tanto verla así que no puedo evitar alargar mi mano y buscar la suya para entregarle un cariño que sé que no podrá sustituir tal pérdida—. Lo echo mucho de menos, pero también he encontrado la forma de seguir adelante sin tenerlo aquí a mi

lado, porque del corazón nunca se marchará.

Quisiera decir algo, pero no me veo capaz de pronunciar una sola palabra que mejore este momento o que de sentido a lo que ha dicho, así que lo mejor que hago es dejar la silla e ir con ella, sentándome sobre sus piernas para abrazarla con fuerza y besar sus labios. Quizá suene egoísta, pero a veces me pregunto si realmente nos habríamos conocido de no perder a su familia, o en si el destino habría elaborado alguna clase de estratagema para conseguirlo. Adriana me mira a los ojos, y aunque no sonrío, puedo ver que sí es feliz estando a mi lado a pesar de que en su corazón hay huecos donde la oscuridad todavía quiere abrirse paso.

—Prometo que haré de estas navidades las mejores que has pasado en tu vida —digo a pesar de que no estoy segura de conseguirlo, pero ya está ella para recordarme que, a su lado, cualquier cosa es posible, así que acaricio sus labios y vuelvo a besarla, antes de observar el reflejo de mi sonrisa en unos ojos que guardan secretos y mil maravillas—. Eres una mujer increíble, Adriana Luna.

Ella se echa un poco hacia atrás y lleva sus manos hacia mi cuello, dejando algunas caricias que también comparte en mi pelo. Ojalá pudiera detener el tiempo en este preciso momento, para hacer de su felicidad, algo eterno.

—Y tú eres lo mejor que podría haberme pasado —responde, y cuando vuelve a besar mis labios, agradezco a la vida porque nos haya juntado.

8

LA NIEVE Y EL SOL

ADRIANA

El ático verde está listo para otro miércoles en el que decenas de lectores se agolpan en la entrada y hacen cola para poder entrar a su lugar favorito. Dentro, la música de Elvis Presley y su álbum de Navidad, acaricia las paredes y estanterías de una librería que, cada vez que atravieso la puerta, me parece todavía más preciosa. Aunque sé que Lara tiene gran culpa de ello. Hoy está más nerviosa de lo normal y no es para menos teniendo en cuenta que la avisé última hora de la noche de que el equipo de Laura vendría a hacer algunas tomas y que, lo más seguro, es que también quieran hacerle una entrevista. Su primera reacción fue dar un grito y después estuvo a punto de echarme de mi propia casa por no habérselo dicho antes.

«Yo no soy como tú, que tienes ese don para hablar delante de las personas, por algo eres la cantante y yo escritora», recordar su expresión mientras decía esas palabras provoca que dibuje una sonrisa de diversión que espero no vea, porque de lo contrario, probablemente hoy sí que me eche de aquí.

Elías acaba de entrar como un toro y lleva un montón de bolsas con lo que supongo serán los dulces a degustar por todos los clientes que vengan hoy por aquí. Las prisas han teñido sus mejillas de un intenso rojo y veo varios mechones rebeldes cayéndole sobre una frente que se perla en sudor.

—Siento llegar tarde, he querido hacer una última horneada de bollos y se me ha ido de las manos. —Antes de que siga hablando pongo las manos en sus hombros y le pido con la mirada que respire—. ¿Dónde está Lara?

—Comprobando que arriba no hay nada fuera de control para no dar una mala impresión a la tele.

—Espera, ¿cómo que la tele? —Elías está a punto de tirar las bolsas que lleva entre las manos.

De hecho, las deja en el mostrador y se apoya en este con el intento de recuperar el aire mientras da sentido a lo que le he dicho.

—Laura va a venir con su equipo, van a hacer un pequeño reportaje de Iranda y el ático será el protagonista de hoy. —La boca se le vuelve a abrir y yo estoy a punto de echarme a reír—. Por tu cara, imagino que no te ha dicho nada.

—¡Va a venir la tele y yo con estas pintas! —grita y hasta los clientes que hay fuera se le quedan mirando—. ¿Qué coño voy a hacer? No puedo permitir que me saquen así, ¿y si Noah lo ve?

—Pensaré que tiene al novio más guapo y atractivo del mundo, como yo también lo creo ahora mismo. ¿No te has dado cuenta que has echado músculo desde que estás más por la

pastelería de tu madre? —Aunque en realidad lo digo medio en broma, él se queda mirando sus brazos y cae en el asombro al ver que se ve totalmente diferente.

Me pregunto si se habrá dado cuenta de que la decisión de dejar un trabajo que le absorbía ha marcado la diferencia.

Elías me pega un beso en la mejilla y se va corriendo a la trastienda para cerrar la puerta a su espalda sin mediar palabra. Justo cuando la situación está en el momento más divertido, Lara aparece por la escalera que lleva al ático. Va tan guapa con su camisa, botines y maquillaje que, por un segundo, me encantaría poder encerrarla en cualquier parte.

—Creo que ya está todo listo, ¿Elías te ha dicho si va a tardar mu...? —Su pregunta se queda en el aire en cuanto ve la cantidad de bolsas que hay sobre el mostrador—. Hostia.

—Me parece que iba en serio lo que dije de que estaría horneando dulces desde bien temprano. Está en la trastienda, se ha horrorizado al enterarse de que vienen las cámaras y no se ha puesto guapo.

—Ya, como si eso no lo llevara en su ADN. —Lara pone los ojos en blanco y curioseas entre las bolsas, aspirando el aroma a dulce que también me abre el estómago al instante—. Voy a subir esto, si vienen las cámaras, por favor, no permitas que diga ninguna tontería o no respondo de lo que pueda llegar a hacer.

No me da oportunidad de darle réplica porque en cuanto abro la boca, ella ya está subiendo las escaleras hacia el ático, con Elías siguiendo sus pasos.

En silencio me froto las manos y echo un vistazo a mi alrededor. No hay estantería que no esté llena de libros y la curiosidad por averiguar las novedades elevan mis ganas de llevarme un montón de ejemplares a casa para leerlos antes de ir a dormir. El reloj está a punto de marcar las cinco y media, y me da lástima ver a tanta gente pasando frío ahí fuera; desde personas más adultas a niños que están deseando hincarles el diente a sus libros favoritos. El cielo acompaña con un sol de última hora al que no le quedará mucho para despedirse, pero que da a las nubes un color especial, digno de fotografiar. Y, de hecho, estoy a punto de hacerlo cuando la voz de mi chica me sorprende.

—¡Ya puedes abrir! —grita Lara desde la salida al ático y yo suspiro, a punto de lanzar el teléfono del susto.

—A veces es tan bruta... —me quejo en voz baja, deseando que no me haya oído, porque cuando está nerviosa, puede ser igual de letal.

Yo misma me arreglo el pelo y el jersey navideño gris y rojo que llevo puesto antes de dar la bienvenida a los primeros clientes, viendo en la lejanía a una Laura que me saluda enérgicamente con la mano. Su sonrisa de oreja a oreja se me contagia enseguida y le pido que venga con un gesto mientras la gente empieza a llenar el interior del ático, dejando ir suspiros de placer y algunos comentarios de pura satisfacción que me gustaría que Lara escuchase en este momento.

Al menos veinte personas ya están dentro de la librería y se dirigen a lo más alto para disfrutar de sus lecturas y un buen chocolate caliente que ya debe de estar sirviendo en los vasos que ha traído consigo.

—¿No disfrutas un rato entre libros? —Laura llega hasta mí y me saluda con un par de besos en las mejillas.

El contacto hace que note su nariz fría y cuando se aleja la veo tan roja que podría caracterizar perfectamente a *Rudolph* en una obra de teatro.

—Cuando Lara está arriba suelo quedarme en la tienda para atender a los clientes.

—Vaya, qué buen equipo —dice, y por un segundo me parece que su tono adquiere cierta ironía que no me deja reconocer en su expresión—. Me gusta cómo se ve todo esto, mi compañero ya ha tomado muy buenas tomas y hemos entrevistado a un par de clientes que están enamorados de El ático verde.

—No es para menos, este lugar tiene magia en sus estanterías, ¿por qué no pasas y lo compruebas por ti misma?

—Claro, aunque ¿me ayudas antes con esto? —Laura se abre paso al interior del ático y se quita el abrigo y la bufanda verde que lleva puestos para dejarme verla con una impecable camisa negra y unos pantalones que se ajustan a sus piernas con elegancia.

Sus botines hacen ruido cada vez que da un paso y el pelo se le mueve con el mismo baile con el que danzan sus caderas entre las estanterías. La imagen se disipa en cuanto veo a un cámara atravesar la puerta y no tardo mucho en ir a la trastienda para dejar lo que me ha dado y estar a la altura de las circunstancias.

—Soy Roberto, encantado de conocerte —se presenta y yo le estrecho la mano con una sonrisa en los labios—. Este sitio es precioso, ¿quién lo ha decorado?

—La misma dueña, Lara, está en la parte de arriba, si esto te ha gustado, allí te vas a enamorar. —Varios clientes pasan y se ponen a buscar entre las estanterías mientras Roberto se encarga de grabar el movimiento que hay a nuestro alrededor. Cuando baja la cámara veo la oportunidad de acercarme a él y hacerle una pregunta que tal vez esté fuera de lugar—. ¿No deberíais tener a una periodista encargada de esto?

—Laura estudió periodismo, de hecho, fue presentadora en Madrid durante un tiempo, pero el mundo de la publicidad terminó por enamorarla. —Roberto lo comenta con cierto orgullo, como si hubiera sido testigo de primera fila en la carrera profesional de ella—. Haber organizado el tema del concierto y las visitas a última hora le ha penalizado un poco, de hecho, la empresa no estaba muy convencida de hacerlo, pero ella se comprometió a encargarse de todo a cambio de que le dieran luz verde.

—Así que es toda una profesional, vaya... —digo y la busco con la mirada para ver cómo acaricia el lomo de un libro con cuidado mientras esboza una sonrisa.

Cuando repara en que la estoy observando, me dedica un guiño que me deja un poco descolocada, sobre todo por la alegría que muestra al caminar hacia nosotros.

—Tenías razón, este lugar tiene un toque de magia que eres capaz de tocar con los dedos. Me has dicho que Lara está en el ático ¿verdad? —Asiento sin abrir la boca y ella acaricia mi brazo—. Voy para allá, qué pena que tengas que quedarte aquí abajo.

—Pues sí... —susurro, pero no digo nada más.

El roce en mi brazo me ha dejado con una sensación extraña en el estómago y solo me salva un cliente que se acerca al mostrador con tres libros que quiere llevarse a casa, y a quien presto atención enseguida. Para cuando quiero darme cuenta, el tiempo pasa volando y anochece, dejándonos con una estampa de Irlanda que nos cosquillea en el corazón al ver los primeros copos de nieve caer a pesar de que todavía no ha llegado oficialmente el invierno. Un niño sale corriendo y planta las manos en el cristal de la puerta observando cómo los puntitos blancos se van movimiento con lentitud hasta deshacerse en el suelo.

«Ya está aquí la Navidad, Río», pienso y lo recuerdo levantando sus manitas al cielo para

recibir la nieve con las mejillas sonrojadas. El recuerdo hace que el pecho se me encoja y esté a punto de derramar una lágrima que limpio antes de tiempo con una mano, preguntándome si él estará orgulloso de lo que vivo en este momento, o si me odiará por no haberme quedado a su lado tal y cómo le prometí un millón de veces. La tristeza me invade durante un rato en el que deseo con todas mis fuerzas poder cerrar los ojos y trasladarme a los últimos instantes que vivimos juntos, pero entonces, Elías llega a mi lado para traerme de vuelta al presente y ponerme un bollo de dulce de leche delante de las narices que me hace abrir los ojos de inmediato.

—Deberías de subir ahí arriba, Lara está como loca viendo la nieve caer, a veces tengo la sensación de que todavía lleva dentro a su niña interior. Yo me quedo vigilando por aquí.

Cuando cojo el bollo me dedica un guiño y yo le abrazo con fuerza a pesar de que no le diga por qué lo hago exactamente. El dulce de leche se funde en el interior de mi boca haciéndome suspirar y mientras subo las escaleras hacia el ático, me doy cuenta de que mis pensamientos no deben guiarme lejos de aquí por más que eche de menos a las personas más importantes de mi vida.

Porque ahí arriba, también tengo a alguien que se merece toda mi atención, y sobre todo, mi corazón.

9 VIEJOS FANTASMAS

LARA

Me he quedado tan sorprendida al ver los copos caer, que no he sido capaz de moverme del sitio durante un buen rato. A pesar del frío, la gente parece feliz de encontrarse aquí arriba, en una azotea que ahora mismo también acoge un montón de dulces, chocolate caliente y la atención de una mujer que no para de hablar con los visitantes, de cosas que no llego a escuchar desde aquí. Lo único que sé, es que encontrarme con esta alegría cada semana, da sentido a todas las horas de trabajo, incluso a las noches de insomnio pensando en qué puedo mejorar.

—Tienes un poco de azúcar ahí.

—¡Qué susto, jod...! —Adriana me sella los labios con su dedo índice mientras se echa a reír y hace un gesto para que mire a los niños que han girado sus cabezas—. ¿Tú quieres matarme de un susto?

—En realidad se me ocurren otras formas más increíbles de hacerlo —suelta y de repente noto un intenso calor en mis mejillas—, pero no será aquí donde lo haga —sentencia pegándose a mi oído—. Elías me ha dicho que la niña que hay en ti estaba dando gritos de la alegría.

—Elías es un poco gilipollas —aclaro y me arrepiento enseguida de haber levantado la voz otra vez. Varios clientes se me quedan mirando y yo levanto mi mano para restarle importancia con un saludo que espero que no haya captado Roberto con su cámara—. Es solo que no me esperaba ver la nieve caer tan pronto, ¿no te parece increíble? —Añado girando sobre mis pasos para disfrutar de esta estampa.

—Ya, yo tampoco, creo que nos ha sorprendido a todos —dice Adriana en tono alegre—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

Me quedo en silencio, meditando esa respuesta y entonces me encojo de hombros, caminando al lado de ella hacia la mesa donde están los termos y vasos de plástico para servir chocolate.

—Muy bien, aunque me siento un poco incómoda con la presencia de Laura, lo hace algo más... ¿frío? —Bajo la voz en mis últimas palabras y Adriana parece sorprendida por lo que he dicho—. Ya sabes que estas situaciones no son de mi gusto, no llevo bien la presión ni ser el centro de atención —intento aclarar.

—Piensa en la buena publicidad que va a ganar El ático verde, muchos turistas van a querer pasarse por aquí antes de volver de sus vacaciones y seguro que también terminan por conocer tu novela. —Adriana siempre tiene algo bueno que decir, pero en el fondo sé que no voy a poder cambiar de opinión, y todavía me estoy preguntando exactamente por qué.

—Supongo que sí, pero eso no impide que desee estar menos en el foco, esto se te da a ti mucho mejor. —Me encojo de hombros y le sirvo un vaso de chocolate, preparando otro para mí.

Ya he perdido la cuenta de cuántos me he bebido, pero el contraste cálido que baja por mi garganta hacia mi estómago provoca que suspire de placer. Adriana hace lo mismo en cuanto bebe del suyo. Lo admito, cada día me queda más rico, al igual que soy capaz de darle otro tipo de magia a este espacio de la librería en el que la gente se dedica a observar la ciudad y cómo la nieve va cayendo poco a poco. Los libros han pasado a segundo plano, pero la verdad es que no me importa, porque ver la ilusión en la mirada de los niños y la alegría en los adultos, hace que el latido de mi corazón se dispare.

Mi chica sigue en silencio algo dubitativa, puedo notárselo por la forma en la que frunce el ceño, incluso tiene los dedos entrelazados alrededor del vaso y se los acaricia en lo que parece un intento por disipar el malestar que probablemente le haya creado, y ya me estoy arrepintiendo por ser tan bocazas.

A punto de dar un paso para disculparme, Laura aparece de la nada y reclama su atención en un segundo.

—Hemos recogido unas imágenes increíbles, si en la empresa no terminan de darme la razón ante mi magnífica idea, renuncio. —Su queja hace que Adriana esté a punto de reír—. Te lo digo en serio, tienes muy buenas ideas.

—En realidad el mérito lo tiene Lara por haber construido algo maravilloso aquí arriba. —Adriana me dedica un guiño y bebe de su chocolate—. También deberías de probar esto, no vas a querer tomar otro una vez que lo tomes.

—Si lo dices así, no tengo opción. —Laura se encoge de hombros y se sirve un vaso antes de poner la atención en mí. ¿Soy yo o está haciendo todo lo posible por alabar cada cosa que Adriana hace? —. Tu librería es preciosa, deberías dedicar un poco más de tiempo a crear una buena estrategia de marketing, atraerías a mucha más gente al negocio. Incluso podrías conseguir que otros escritores famosos vengan a hacer lecturas conjuntas. No sé, yo le veo mucho potencial —añade, aunque la verdad es que no sé si tiene algún interés en ayudarme.

—Deberías hacerle caso, es buena en su trabajo —aclara Adriana.

Genial, lo último que necesito es que ella esté también de su parte.

—No sé, supongo que llevas razón, pero me he acostumbrado a que este lugar sea de Irlanda, no me gustaría que el ático se convirtiera en uno de esos establecimientos fríos que al final solo viven de lo comercial.

Laura levanta una ceja, claramente sorprendida y aunque esconde los labios tras el vaso de chocolate, soy capaz de reconocer la ofensa en su expresión.

—Tienes una visión muy clásica, pero créeme, sé de lo que hablo. Si no le prestas atención a esos destalles, llegará una librería más grande y acabará por engullir tu negocio —argumenta, y me jode que se tome esa libertad.

—Lo tendré en cuenta, gracias —respondo sin ningún ánimo por complacerla.

Adriana se me queda mirando y yo me muestro indiferente al beber de mi vaso para poner la atención en otra parte, prefiero ver cómo la gente se sigue divirtiendo a pesar de las bajas temperaturas. La nieve comienza a disiparse y me odio por no haber disfrutado de esta visión un rato más. Si fuera por mí, anunciaría la hora de cierre y me marcharía a casa, pero como buena profesional, prefiero callarme y hacer como si Laura no estuviera aquí.

Desde que ha llegado no ha hecho más que querer controlar todo, ha organizado un concierto especial sin apenas consultarlo y en unas fechas donde el trabajo dificulta los horarios,

y no sé qué me molesta más, si su intención o que todos nos movamos en su círculo.

—El viernes hemos encontrado un hueco libre, después de hacer un reportaje de todos los comercios de la plaza. ¿Quieres empezar con el ensayo de las canciones? —Laura deja el vaso sobre la mesa y echa un vistazo a nuestro alrededor, su compañero sigue grabando y ella le pide con un gesto que continúe.

—La verdad es que lo tenía ocupado, la madre de Lara llega desde Italia e íbamos a ir a buscarla a la estación. —Cierta incomodidad por decirle que no, se cruza en el semblante de Adriana y eso me hace entender que le pone mal la idea de no cumplir con las obligaciones que esto trae consigo.

Una parte de mí desea no decir absolutamente nada, pero la otra, tiene muy claro lo importante que es para ella cumplir con esta clase de compromisos.

—Iré yo a por ella —apunto intentando esbozar una sonrisa, pero Adriana niega de inmediato—. De verdad, ocúpate del trabajo, además, así me llevo a mi madre a comer y nos ponemos al día de todo, me vendrá bien despejarme un poco del ático.

—Pues ya tenemos plan. —Una excesiva alegría se refleja en el semblante de Laura y tengo que hacer un gran esfuerzo por no mostrarme afectada—. Gracias por echarle una mano, esto va a ser grandioso, estoy deseando que la gente escuche a Adriana, seguro que después de eso, el estudio y tus clases logran llamar más la atención.

—Eso espero, pero en realidad, el mérito ahora mismo es más tuyo que mío.

Me encanta ver así de feliz a Adriana, adoro que tenga ilusión por la música, por el futuro del estudio, pero en el fondo, no puedo evitar sentirme mal porque mis libros jamás tendrán la misma atención. Muerdo mi labio inferior y prefiero beber un poco de chocolate para disipar ese malestar.

La noche ha caído repentinamente sobre Iranda y las luces del ático ya no iluminan todo como debería. O eso es lo que creo ver, porque ahora mismo, un enorme sentimiento de tristeza me invade por dentro, y estoy segura de que va a estar ahí por un tiempo.

10

FUERZA NATURAL

ADRIANA

En once días, Iranda dará la bienvenida a la Navidad y a mí me quedan siete para pensar en las canciones que quiero cantar en la actuación especial que tendrá lugar en el Estrella como parte del festival navideño. La idea es que amigos y vecinos que no suelen ser habituales por allí se sumen a la iniciativa con sus familias para recaudar fondos, mostrando el poder de la música a futuras generaciones. Hasta hace unos meses no había pensado en la posibilidad de entregar mi conocimiento a chicos más jóvenes que ven en el arte la misma salvación que yo conocí cuando empecé a componer letras y a tocar la guitarra, y ahora que lo tengo prácticamente conseguido, me pregunto cómo puedo ser tan afortunada de vivir este presente tan increíble.

Con el teléfono en mano, medito lo que quiero decirle a Lara por no haberla acompañado a recoger a su madre. El malestar se instala en la boca de mi estómago provocando que suspire y que los dedos me tiemblen. Los últimos días están siendo una locura y probablemente ella esté pagando las consecuencias, pero mis sensaciones desaparecen cuando recuerdo por qué hacemos todo esto y lo importante que va a ser para Iranda y cada uno de nuestros vecinos.

«O eso es lo que tú quieres creer», dice una vocecilla en mi cabeza a la que intento ignorar por todos los medios mientras me pongo a teclear.

Adriana: Dale un abrazo fuerte a tu madre, espero que lo paséis bien, en cuanto acabe por aquí voy a tu casa y os preparo algo de cenar.

Envío el mensaje, busco la segunda taza de café que me he preparado para beberlo de un sorbo y me coloco el abrigo. Laura estará a punto de llegar y no quiero bajar tarde.

Sabor Cacao está a rebosar de clientes y nada más poner un pie en la calle, el aroma a castañas del puesto de al lado llega hasta mí para abrirme el estómago y darme ganas de calentarme las manos con un cartucho, así que no me lo pienso dos veces y compro uno mediano que empiezo a devorar sin contemplación. El ambiente es maravilloso y a pesar de las dificultades que deben atravesar muchas de las personas con las que me cruzo, sé que la música y los puestos que ya están colocados entre las calles tienen la capacidad de entregarles, al menos, algo de luz por estas fechas.

Pensarlo me produce la misma sensación que siento cada vez que actúo en el Estrella, y el cosquilleo acude a mis dedos con ganas por tocar viejas canciones y la nueva música que poco a poco crece dentro de mí. Este sábado tengo actuación —previa al gran evento— y ya estoy deseando que llegue el día, tanto que no puedo evitar sonreír mientras quito la cáscara a un par de castañas y me las como de golpe. Un gemido se escapa de mis labios justo cuando mi teléfono suena y veo que es una videollamada de Noah.

—¡Anda, si es el desaparecido! —bromeo nada más descolgar—. ¿Cómo van las cosas por Londres?

—Horriblemente frío —protesta y le veo bufar sin perder el encanto—. Tengo los huevos congelados. —Bueno, ahora sí que lo ha perdido por completo.

—Pues aquí ha estado nevando, ¿cómo te quedas? —informo y él abre la boca, loco por el asombro—. De hecho, estaba comiéndome unas castañas para calentarme las manos mientras espero a que Laura llegue, tenemos que organizar algunas cosas para el festival.

—Vaya, no pensé que la cosa fuera tan enserio.

—Pero si te lo comente... —digo levantando una ceja—. ¿Tan ocupado estás que no eres capaz de prestarme atención?

—Querida, no digas tonterías, sabes que tú estás por encima de cada una de mis prioridades, pero cuando hablamos no me dijiste que hubieras dado el sí y ¿tan deprisa? Esa Laura debe ser super woman. —Veo la ironía en los ojos de Noah y tengo que contener el aire para evitar soltar algo indebido.

—No empieces, ya te pareces a Lara —protesto y al ver su cara de no entender nada, suspiro—. Desde que Laura llegó parece cabreada todo el tiempo, como si le molestara que estemos organizando esto, y eso que fuimos al ático para que también tenga publicidad, igual que la segunda planta del estudio de grabación.

—¿En serio? Sabiendo cómo es Lara tampoco me extraña que se molestase un poco, sabes cuánto le ha costado hacerse a la idea de que ahora la conocen por su novela. Yo diría que más bien lo que se siente es insegura. ¿Se lo preguntaste al menos?

«Genial, ahora me va a someter a un interrogatorio.»

—No pensé que fuera necesario Noah, ¿me acabas de escuchar?

—¡Eres muy tonta! —grita claramente sorprendido—. Debería haber estado ahí para pararte los pies, sabes que no le gustan que invadan así su espacio, que yo tenga más claro eso que tú, me preocupa.

—Y a mí que le des tanta importancia cuando no la tiene. —Vuelvo a bufar y desecho la idea de tener una mañana tranquila en la que nadie me cabree—. Puede que al principio me pareciera un poco locura, pero en serio, Laura está poniendo todo de su parte para que esto salga bien y se merece un poco de crédito.

—No he dicho que no lo tenga. —Noah pone los ojos en blanco y mira a su espalda—. Pero recuerda que ese es su trabajo y que es a ti a quien está modificando la agenda, una que se supone ya tenías perfectamente planeada con todos. —Como no respondo a lo que dice se encoge de hombros y deja ir el aire que contienen sus pulmones—, en fin, solo quería decirte que al final voy a volver antes, así que me tendrás entre el público y también podré ir a cenar a casa de Lara.

—¡Eso es genial! —grito, y en cuestión de un segundo el enfado se ha esfumado por completo—. ¿Vas a darle una sorpresa a Elías? —Muevo una ceja y él se echa a reír—. Puedo ayudarte con eso, ya lo sabes.

—Pensaré en algo especial, pero por ahora no le digas nada, aunque me duela ver que está tan triste ante la idea de no verme por Navidad. —Noah frunce los labios y recibe un toque en su hombro—. Tengo que dejarte, los chicos ya están aquí. ¡Sé más cuidadosa con Lara!

—Eres un... —La video llamada se corta y me deja con la palabra en la boca.

El barullo de emociones que se forma en mi mente me deja exhausta por un segundo y aunque no entiendo bien por qué tiene que pegarme así la bronca, otra parte me deja claro que tiene razón en lo que ha dicho. Organizar esto a última hora me ha impedido hacer las cosas que tenía planeadas con Lara para estas fiestas, y aunque es cierto que todavía quedan muchas cosas de las que disfrutar, hoy tengo el ejemplo perfecto para darle la razón a Noah.

«Odio que siempre tenga las de ganar», me digo, y procuro concentrarme en lo que hay a mi alrededor y unas castañas que se llevan el malestar lejos de mi pecho.

Algunos conocidos me saludan y estoy a punto de enviar un mensaje a mis tíos para ver si quieren que tomemos algo mañana cuando veo a Laura aparecer por mi izquierda. Tiene la nariz tan roja que me es imposible no reír al ver su ceño fruncido y cara de pocos amigos.

—Esto es horrible —se queja en cuanto es consciente de lo que estoy pensando.

—¿No sé supone que el frío de Madrid te prepara para todo? —me burlo y levanto una ceja con gesto divertido.

—Irlanda es un coctel peligroso: frío, humedad, viento, no sé cómo estás ahí tan tranquila.

—Tengo esto. —Le enseño el cartucho con las castañas y los ojos se le abren como platos, así que le ofrezco unas cuantas a pesar de que poco a poco van perdiendo el calor—. Seguro que con el paseo hasta el Estrella entras en calor. He estado pensando en las canciones que quiero cantar, ¿alguna idea que se te haya ocurrido?

—Estaba pensando en la librería, tu chica me dio una idea el otro día en el ático. Si allí es capaz de invitar a tantos clientes, deberíamos organizar una fiesta en el edificio, podría ser en Nochebuena. —Me quedo mirándola y no soy capaz de decirle nada. Las palabras de Noah se cruzan por mi mente y me hacen suspirar—. Sé que sería un sacrificio familiar muy importante, pero esto se trata de unir a la gente, ¿no? Habrá muchas personas que pasen la noche solos y quizá podamos darles la oportunidad de sonreír por primera vez en muchos años.

Laura mira al frente y parece hablar con cierta melancolía, sé muy bien captar cuando alguien ha vivido algo parecido a lo que transmite con palabras.

—La verdad es que no me parece tan descabellado, aunque sé que no a todos les va a parecer una buena idea —aclaro, soltando lo que pienso sin ocultar mis sentimientos—, pero entiendo lo que dices, yo también tuve un par de años complicados en los que me sentí muy sola y me habría encantado tener el calor de un lugar como este. A veces la familia no es capaz de darle paz a lo que sentimos, ¿no?

La plaza queda atrás y tomamos el camino por la calle paralela al río Sari, donde el final del otoño lo ha plagado todo de escarcha y unos colores que son dignos de atrapar en un millón de fotografías. Durante el paseo nos terminamos las castañas y Laura me habla un poco de sus primeros años como reportera, cuando solía viajar por todas partes, perdiéndose festividades y momentos en familia que ya no podrá recuperar. Sus ojos cuentan más de lo que deja ver, pero tampoco quiero indagar demasiado en lo que esconde su interior y por eso me dedico a hablarle de mis aventuras yendo de festival en festival mientras yo soñaba con algo más tranquilo.

Decirlo en voz alta me da la oportunidad de darme cuenta de que hace mucho que estaba deseando esto: tener la vida que ahora disfruto, en una maravillosa ciudad, cerca de mi familia, amigos y las personas que amo, soñando con dejar que mi música toque el alma de una manera totalmente diferente a la que un día tuve previsto. El estudio de grabación y la futura escuela es algo que tal vez no tenía previsto en mis principios, pero que sí se instaló en mi cabeza como un

sueño a futuro que ahora tengo la oportunidad de cumplir. Y poder tocar en el Estrella también es un privilegio del que puedo disfrutar todas las semanas y por el que soy recibida con un gran abrazo por parte de Marcos.

—Pensé que no te vería hasta el sábado, con eso de que has estado tan ocupada... —dice, pero en el tono de su voz no se nota ni un ápice de reproche—. Que sepas que no va a haber ni un hueco, preveo lleno completo, has conseguido que pueda jubilarme y con honores.

La broma hace reír a mi acompañante y ella se toma la libertad de mostrarle su mano.

—Laura Molina, hemos tenido el placer de hablar por teléfono estos días. —Mientras saluda echa un vistazo a su alrededor y ya parece analizar cómo va a organizarlo todo—. Tienes un local increíble, con mucho encanto irlandés, cualquiera diría que hemos hecho un viaje, me gusta.

—Me alegra, y a mí que estés por aquí, no sé cómo no se le ha ocurrido a nadie organizar en estos años un evento de esas características.

—Todo hay que decirlo, antes no teníais a Adriana. Ella dice que no, pero la ciudad ha dado un cambio notable desde que volvió a tocar. —Ella se lleva un mechón de pelo tras la oreja y me deja una caricia en el brazo antes de quitarse la bufanda que lleva enrollada en el cuello, al igual que deja su abrigo negro en uno de los taburetes que hay frente a la barra—. Cuando me dijeron que la empresa quería organizar la campaña en Irlanda, lo primero que hice fue buscar qué tenía de especial, y la encontré a ella.

—Venga, no será para tanto —protesto y noto cómo las mejillas se me encienden—. Seguro que, aunque yo no estuviera habría muchas cosas que poder hacer, ya viste el otro día cómo se llenó El ático verde.

—No voy a decirte que no —comenta Laura y se acerca a mí para poner ambas manos en mis hombros—, pero hazme el favor de creerte un poco las cosas, cariño.

Marcos se nos queda mirando y no es capaz de decir nada, así que carraspeo y me dirijo al escenario para subir y poner un taburete en el centro.

—Aquí es donde se hace la magia —suelto y los dos me miran poniendo una sonrisa en los labios, aunque lo primero en lo que me fijo es en cómo Laura me mira, con una naturalidad y encanto que no me pasan desapercibidos.

Y lo peor es, que siento que dice la verdad, desde el corazón.

11

EL MIEDO A CAER

LARA

Llevo como veinte segundos fundida en un abrazo que no tenía idea de que necesitara tanto. La gente abandona la estación mientras yo sigo estática en el sitio, intentando poner mis emociones en orden para que las lágrimas no se escapen de mis ojos y así, montar una escena totalmente innecesaria, aunque cuando mi madre se separa veo cómo estas acuden a los suyos. El pelo le cae desordenado tras un viaje que ha debido ser cansado por las horas en avión y en tren que ha tenido que pasar, pero aun así parece que nada le hace perder ese brillo que recuerdo haber visto en su mirada cuando vino aquí por primera vez.

—Yo también te he echado de menos, hija —admite y acaricia mi mejilla sin pensárselo—. ¿Has venido tú sola?

Mi afirmación va acompañada de un gesto triste que no puedo ocultar, no es que sea el peor escenario del mundo, pero la verdad es que me habría gustado que Adriana pudiera estar aquí.

—Tenía cosas que hacer —digo sin mentir en parte y le cojo la maleta para que pueda caminar en libertad—, debes estar agotadísima, ¿seguro que quieres ir a tomar algo antes de descansar?

—¿La verdad? Me estoy muriendo de hambre, así que mataría por un buen almuerzo, la comida en los trenes es horrible. ¡Horrible! Si lo llego a saber me llevo una pizza conmigo —bromea y me es imposible no echarme a reír.

Ahora entiendo de donde me viene el gusto por ese plato. Mamá se agarra a mi brazo y camina en calma conmigo, disfrutando del paseo que nos lleva poco más de cinco minutos hacia el centro comercial que está cerca de la estación. La música suena en las calles y veo a un montón de gente con bolsas de lo que deben ser los regalos navideños, incluso hay más de uno que carga con árboles y adornos para sus casas, lo que me recuerda que yo todavía no lo he hecho con la mía.

El ático verde está más que listo para recibir a la Navidad, pero que no haya decorado mi casa es un delito, ¡más que eso! Y ahora tengo la excusa perfecta para que mi madre forme parte de una tradición que ha cobrado mucho más sentido este año, a pesar de que no vaya a tenerla para la festividad como tal.

—Cuéntame, ¿qué tal va todo por el ático? ¿Has firmado muchos libros más? —La curiosidad de ella viene acompañada del orgullo que se refleja en sus ojos cuando lo dice.

—La verdad es que no me puedo quejar, supongo que cuando pasen las fiestas podré organizar una nueva tirada de envíos con ejemplares firmados, últimamente no he tenido tiempo para nada, soy afortunada por tener clientes habituales en estas fechas. Aunque hay algo a lo que estoy dándole vueltas. —Mamá me lo pregunta con la mirada sin la necesidad de decirlo en voz

alta, aunque lo primero que hago es lanzar un suspiro—. Hay alguien que me ha dicho que debería de darle una vuelta al *marketing* del negocio, hacer las cosas más modernas.

—¿Y tú que piensas al respecto? —Sus dedos me aprietan con fuerza y sin esperarlo, deja un beso en mi frente que me viene de maravilla.

—No lo sé, puede que tenga razón, quizá necesite darle un toque distinto, algo más actual, pero al final las cosas me han funcionado bien como las he hecho hasta ahora y no sé si cambiar mi visión de negocio será lo correcto. —Me encojo de hombros y me paro frente a un paso de cebrera a la espera de que el semáforo se ponga en verde—. ¿Tú qué harías?

El pecho me cosquillea al preguntárselo, porque nunca había tenido la oportunidad de pedirle consejo y eso me llena de satisfacción y una emoción que pensé que no llegaría a experimentar. El semáforo se pone en verde y la miro a los ojos, descubriendo que ella también parece feliz al tener que meditar en algo que podría cambiarme la vida.

—Estamos en un mundo de constante cambio, las cosas evolucionan y no es bueno quedarse atrás, pero un lugar como El ático verde no debería perder su esencia, yo buscaría algo que esté entre medias, que mantenga eso que lo representa pero que también consiga que llegue a mucha más gente. Con la venta online y las grandes superficies es complicado mantenerse vivos.

—Eso es lo que me dijo Laura, que en algún momento llegaría una librería más grande y que se comería al ático. —Hago un gesto con la cabeza para que giremos por la calle de la derecha y enseguida se presenta ante nosotras la entrada al centro comercial.

Justo al lado de la puerta hay un puesto de churros que desprende un aroma delicioso y que me abre el estómago al instante. De no ser porque hace un frío horrible, compraría al menos dos docenas para comerlos con un buen vaso de chocolate. Hasta a mamá se le abren los ojos como platos, pero las dos preferimos meternos en la calidez bajo techo, donde tomamos asiento en una de las cafeterías más famosas de Irlanda. Los abrigo caen en una de las sillas en las que también dejamos nuestros bolsos y las bufandas antes de llamar al camarero para pedir el desayuno especial de la casa.

—¿Quién es Laura? No me lo has dicho —comenta mamá con curiosidad.

A la espera de que le diga algo, se frota las manos y respira para intentar deshacerse del frío que se las ha puesto rojas a pesar de que llevaba guantes.

—Trabaja para la agencia de publicidad Marcel, este año se encargan de la campaña de Navidad aquí en Irlanda, pero al parecer también ha sido reportera y sabe mucho de negocios, nos ha vuelto locas en cuestión de días. Incluso hicieron un reportaje del ático y de ahí viene lo que te comentaba antes. —Echo de golpe el discurso sin darme cuenta y por la forma en la que mi madre me mira, apuesto a que se ha dado cuenta de que estoy bastante molesta—. Ahora debe de estar con Adriana viendo cómo organizan una actuación especial en el Estrella, quieren recaudar fondos para ofrecer un par de becas a futuros alumnos de su estudio.

—¿Y eso no te tiene contenta? —Odio que las personas me calen tan rápido, de verdad que sí.

Mamá agradece el café cargado y las tostadas con mermelada de tomate, jamón y queso, una combinación que está deliciosa y que me hace suspirar en cuanto le pego el primer bocado, tomándome unos segundos para meditar su pregunta sin decir algo de lo que pueda llegar a arrepentirme.

—Es que siento que ha llegado como uno de esos huracanes que lo cambian todo con su sola

presencia, no es que me caiga mal, pero tiene algo que no me hace gracia. Llámalo sexto sentido.

—¿No serán celos porque está pasando tiempo con Adriana? Según me has contado ya habéis tenido que cambiar algunos planes y tampoco ha venido a la estación contigo por eso. — Mi tostada se queda suspendida en el aire y estoy a punto de tirarla sobre el zumo de naranja que también me han servido. Mamá levanta una ceja y se encoge de hombros echándose hacia atrás —. Cariño, es evidente que no soportas que te trastoquen la agenda ni que tampoco invadan tu espacio, pero si esa mujer ha venido por trabajo, es normal que se lo tome en serio.

—No estoy diciendo que sea mala profesional, pero...

—¿Pero?

—Vale, quizá esté un poco celosa —admito y levanto las manos con frustración—. No puedo evitar que me recuerde a Erin, y no sé si será mi imaginación, pero parece que haya buscado a Adriana a propósito para conocerla.

Dejo ir un suspiro e intento ver en la expresión de mamá si estoy exagerando o no. Lo que hace ella es buscar mis manos y dejar ahí una caricia con comprensión y también con ese cariño que he necesitado durante mi vida. El estómago me ruge y tengo que obligarme a seguir comiendo ante la atenta mirada de una mujer que termina riendo al reconocirme tal y como ella es.

Supongo que, con ciertas cosas, no tengo remedio.

—Deberías hablar con Adriana, pero yo desecharía cualquier idea tonta de la cabeza, ella te quiere muchísimo y no haría nada para hacerte daño, me di cuenta al verla contigo en Lerici.

Asiento sin decir nada más, buscando mi taza de café para calentarme las manos otra vez y dar un sorbo que pone en orden todos mis sentidos. Mirando a los ojos de mamá, me doy cuenta de hay algo de verdad en todo lo que dice y que, probablemente, sean mis miedos los que están formando pensamientos que están fuera de lugar, porque Adriana se ha desvivido por mí desde el momento en que nos conocimos.

Puede que Laura haya llegado para poner la estabilidad de Irlanda patas arriba, pero soy la que no debe creer que también lo está haciendo con nuestras vidas.

12

REUNIDOS

ADRIANA

La estación de tren tiene hoy un tono diferente, baila entre un toque de alegría por la llegada de familiares y amigos, y la tristeza por las despedidas de aquellos que tienen que viajar lejos. Lara y yo llevamos veinte minutos esperando por la llegada de Noah y hoy, más que nunca, siento que los nervios van a tomar el control de todo mi cuerpo. A pesar de que aquí dentro se está muy bien, el frío se me ha metido en el cuerpo y hace que me frote las manos con los guantes de lana puestos que mi tía me ha regalado antes de tiempo.

—No sé cómo no estás helada con lo friolera que eres.

—¿Será porque me he abrigado hasta arriba y tú has dicho que con una camiseta tenías suficiente? —Lara levanta una ceja y no oculta la sonrisa orgullosa que se dibuja en sus labios al saberse ganadora en otra de nuestras tantas batallas.

Cuando frunzo el ceño y entrecierro los ojos, ella se encoge de hombros sin ningún tipo de interés por cambiar sus palabras. Qué puedo decir, está claro que tiene razón, pero eso no hace que mi protesta vaya a ser menor, así que me acerco a su cuerpo y la abrazo por la espalda con tal de coger un poco de calor. Al girar la cabeza me mira y ahora soy yo quien finge no entender nada.

—No irás a quejarte de mimos ahora —susurro y le pego un beso en la mejilla con los labios helados.

—¡Quita, que estás fría! —protesta, desatando una risa que no puedo contener—. Te juro que como no me hagas caso la próxima vez, no te dejo entrar en casa.

—Ya quisieras tú, ni loca te crees que vas a cumplir esa promesa. ¿O es que prefieres quedarte sin esto? —La pego más a mí entrelazando los dedos sobre su vientre y dejo que mi lengua acaricie el lóbulo de su oreja.

A pesar de que va hasta arriba de ropa, puedo notar cómo la piel se le eriza, más al pegar mis labios sobre su cuello para repartir algunos besos que, estoy segura, le habrán subido la temperatura.

—Adriana... —se queja en voz baja.

—¡Habéis venido a recogerme o a exhibir vuestro amor por aquí! —La voz de Noah me trae al presente y hace que grite en el oído de Lara.

Esta pega un salto y se gira rápido para darme un manotazo que me deja sin respirar, entregándole a este momento la mecha suficiente para que mi mejor amigo se parta de la risa sin ningún tipo de remordimiento. Todo el mundo empieza a mirar cómo Noah se dobla y lleva la mano al estómago ignorando por completo su maleta y que tiene mil ojos puestos sobre él. Hasta hay un par de adolescentes que los abren como platos al darse cuenta de quién se trata, y no sé

por qué, eso me hace sentir especial, dejando a un lado el espectáculo.

—Ven aquí, idiota. —Corro hacia él y le pego un abrazo de tal magnitud que estamos a punto de caernos al suelo.

Seguro que Lara está poniendo los ojos en blanco, aunque ella no se muestra menos alegre cuando le saluda, quedándose ahí un rato, como si estuviera recuperando el tiempo perdido.

Me encanta ver cómo las personas más especiales de mi vida, han llegado a quererse tanto.

—¿Qué tal ha ido el viaje? ¿Ha sido pesado? —Lara pregunta cogiendo la maleta de él y empezando a caminar para dejar al gentío atrás y volvernos a encontrar con unas calles donde el frío parece estar compitiendo por ver si aumenta todavía más.

—La verdad es que no, he dormido todo el rato, eso sí, después de cerrar un par de contratos y dejar claro a la agencia que este año no acudiré a ninguna fiesta por Navidad.

—¿Eso no te penalizará? —preguntó viendo cómo él niega mientras se encoge de hombros.

—Si no lo ha hecho esto... dudo que otra cosa lo haga. —Noah se lleva la mano a la cabeza para quitarse el gorro que lleva puesto y descubrir ante nosotras un corte de pelo poco habitual en él.

Pero, en realidad, lo que nos deja boquiabiertas y paralizadas en el sitio es ver que se lo ha teñido de un rubio chillón que no pasa para nada desapercibido.

—Hostia —musitamos las dos y le hacemos reír otra vez.

—Atrevido ¿eh? ¡No sabéis cómo se puso mi agente cuando me vio así! —grita levantando las manos de forma exagerada—. Se quedó más blanco que un muñeco de nieve, aunque por suerte, mi querida Debora calmó las aguas en cuanto empezó a fotografiarme. La campaña sale en unas dos semanas y estoy deseando que la veáis, creo que es de los mejores trabajos que he hecho en mi carrera.

—Vaya... desde luego que sí, es atrevido —admito y tardo poco en poner una sonrisa de oreja a oreja—, pero te queda tan bien que ahora te envidio un poco.

—¿Por qué no haces lo mismo? Deberías de dejar ese rollo de rockera melancólica y hacer algo más... ¿con estilo? —Noah levanta una ceja y veo cómo Lara aprieta los labios intentando contener la risa.

No sé qué odio más, si las insinuaciones de mi mejor amigo o que ella siempre le siga el rollo.

—A veces os odio, ¿lo sabéis? Me tendría que haber quedado en casa.

—Venga, si sabes que te lo decimos con cariño. —Lara se para delante de mí y pone sus manos sobre mi pecho—. Además, yo también pienso que el rubio te quedaría súper bien, me volvería loca si un día vienes a casa con ese pelo... y nada más.

Se acerca a mí y me da un mordisco en los labios, despertando un cosquilleo en el vientre que logra hacerme suspirar.

—¡Que estoy aquí! —protesta Noah, y ahora somos las dos quienes rompemos a reír.

...

A nuestra espalda, la lluvia empieza a chapotear sobre el río Sari, con una intensidad que nos habría empapado si llegamos a tardar un poco más. Las luces dentro de casa de Lara están

encendidas y Elías debe de estar de los nervios, según he podido intuir por la cantidad de mensajes que le ha envidado a ella preguntándole por qué tardaba tanto en ir a comprar queso de fundir.

«Es horrible poniendo excusas» pienso, pero ese también es otro de los muchos encantos que adoro de ella. Teniendo en cuenta que su madre también está por casa, no sé si habrá colado.

En silencio, se lleva el índice a los labios y nos pide que no digamos nada mientras saca las llaves que lleva en su abrigo. No es que Lara sea la persona menos escandalosa del mundo, pero sí toma toda la precaución posible para no estropear la sorpresa ante Elías. Claro que, ninguno esperamos que nada más abrir la puerta se presente ante nosotros hecho una furia.

—¡Se puede saber dónde narices estabas! Llevo una hora esperándote, y no me digas que has tenido que recorrerte todos los supermercados del barrio para conseguir un mísero paquete de queso. —Las palabras salen atropelladamente de sus labios, con un enfado monumental y el rojo que ya se ha instalado en su nariz y en sus mejillas al ponerse tan alterado, pero en cuanto Noah me aparta y se planta frente a sus ojos su expresión cambia del rojo al pálido—. ¡Noah, ay joder! ¿Qué haces aquí?

—¡Sorpresa! —grita él y en cuanto da un paso adelante se funde en un beso con Elías.

Lara y yo nos miramos encantadas, incluso ella pasa su mano por mi brazo y nos obliga a apartarnos un poco para que los novios tengan la privacidad necesaria después de casi dos meses sin verse.

Pensarlo, me pone los pelos de punta, porque yo no sé si podría estar tan lejos de ella, a pesar de amar mi trabajo. Ahora mismo, no me imagino a kilómetros de distancia o sin tener el placer de poder improvisar comidas o cenas con ella en días donde no lo teníamos previsto. Mis labios también buscan los suyos y la beso en silencio, dejándole ver que también la he echado de menos durante este par de semanas en el que he estado más liada.

—Deberíamos ir adentro, se me está congelando el culo. —Rompo el encanto sin pensármelo dos veces y empujo a los chicos para que entren. En cuanto cierro la puerta noto el aroma a orégano acariciar las paredes y estiro el cuello para ver cómo la mesa está puesta para tres—. Me parece que te has quedado corto de cubiertos —digo y le dedico un guiño a Elías.

Sus mejillas siguen rojas, aunque yo afirmaré a que el beso de Noah tiene mucho que ver. En cuanto me mira, veo cómo sus ojos tienen un brillo especial, con esa emoción que empecé a conocer cuando hablamos por primera vez en una noche lluviosa dentro del Estrella.

—Nosotras nos ocupamos, vosotros poneros al día. —Lara me invita a ir a la cocina y a dejar a los chicos solos.

—Tu madre está descansando un poco, le dolía la cabeza —grita Elías, y me hace levantar una ceja, porque como poco, ya la habrá despertado.

La maleta se queda en la entrada y sigo los pasos de ella sin pensármelo dos veces después de quitarnos la ropa de abrigo. Sobre la encimera, veo los ingredientes dispuestos para un plato de pasta que huele de maravilla, algo sencillo para que Elías no la líe en la cocina según palabras de mi chica, porque está claro que él tiene más mano para los dulces. El comentario me da ganas de reír, pero también me sigue mostrando el gran interés que tiene ella por hacer de comer a las personas que más quiere, y lo celosa que es con ese tema, así que no dudo en acercarme a ella para arrugar los dedos en su ropa y quedarme muy cerca de sus labios.

—Me encanta cuando cocinas para mí, aunque hoy tengamos un par de invitados más —digo

y acaricio su nariz con la mía.

—¿No te parecen la pareja más adorable del mundo? —Lara estira el cuello y yo giro la cara para ver a Elías apoyado sobre el pecho de Noah mientras ambos se recuestan en el sofá del salón.

—Verlos así es maravilloso, jamás pensé que Noah llegase a ser tan afortunado como lo soy yo al haber conocido a una persona tan increíble.

—Para nosotras no es menos, créeme —aclara Lara y veo sinceridad en unos ojos que no me canso de mirar—. Tenerte aquí, teneros por fiestas va a marcar la diferencia y estoy deseando preparar la cena de Nochebuena para todos.

Cuando lo dice, me acuerdo de la propuesta de Laura y que no he podido comentarle nada a mi chica en los últimos días por culpa de nuestros respectivos trabajos. Aunque, a decir verdad, he tenido algunos momentos concretos en los que sí podría habérselo dicho. ¿Por qué no lo he hecho? Porque tengo un pánico horroroso a decepcionarla.

Ella se me queda mirando como esperando una respuesta y lo único que puedo hacer es girar otra vez la cabeza para echar una mirada a los chicos antes de volver la atención a Lara.

—Se me ha ocurrido una cosa, podríamos hacer algo dulce para celebrarlo, seguro que a Noah le hace mucha ilusión.

Lara levanta la vista y afirma encantada antes de besar mis labios, enredando su lengua con la mía para acabar por mirarme con esos ojos cargados en fuego que tanto me gustan.

—Hecho —promete—, pero que tengas claro que no me he olvidado de lo que me has dicho antes, si se te ocurre irte a casa, te vas a buscar un problema —bromea y eso me hace sentir extremadamente mal.

Porque yo sí que me voy a meter en un buen lío cuando le diga que, en Nochebuena, los planes van a cambiar completamente.

GALLETAS, JERSÉIS Y UN DESASTRE NATURAL

LARA

La cocina está empantanada y no hay centímetro de la encimera que no se haya cubierto con la harina que hemos utilizado para hacer galletas de jengibre a nuestra manera: sin nada de decoración y con formas que distan mucho de ser navideñas. Es lo que tiene haber tirado todos los corta pastas y haberme olvidado de ir a comprar nuevos. Un «Te lo dije» de Elías ronda en su mirada en cuanto se cruza de brazos y mordisquea una estrella de cuatro puntas que, aunque está deforme, sabe deliciosa. Y eso es algo que no puede ocultar por más que esté enfadado. Hasta mi madre parece encantadísima con el toque de canela que le hemos añadido.

—Mira, porque te quiero mucho Lara, pero no vuelvas a hacer este sacrilegio a la Navidad, ¿estamos? O te juro que te las verás conmigo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Prohibirme los dulces cuando sabes perfectamente que tu madre me los daría antes a mí que a ti? —Abre la boca y entrecierra los ojos con enfado sin poder creer lo que acabo de decirle.

Noah rompe a reír y le da una palmadita en el muslo —cosa que a Elías tampoco le gusta mucho, no sabe perder—, en un intento por calmar las aguas y que no se lo tome tan en serio.

—Pues a mí me gustan mucho. —Por suerte, tengo una madre que es bastante complaciente.

—Hay que decirlo, las galletas son un desastre, pero Lara y yo hemos puesto todo el empeño para darte una bonita sorpresa. —Las palabras de Adriana se dirigen a su mejor amigo, quien se levanta y le pega un sonoro beso en la mejilla antes de tirarse sobre ella y abrazarla en el sofá—. ¡Para, que me vas a ahogar!

—¡Dime que me has echado de menos, venga bribona! —Elías y yo nos miramos sin poder creer que su chico pase de ser adulto a un crío en cuestión de segundos.

Pero, ¿la verdad?, me encantaría poder tener más momentos así.

Sin mediar palabra, los dejo a todos en el salón y voy a mi dormitorio para buscar una gran bolsa que tengo guardada en el armario y que llevo conmigo al salón para dejarla sobre el sillón donde estaba sentada.

Los chicos siguen riendo y haciendo de las suyas, así que carraspeo para llamar su atención y cuando tengo cuatro pares de ojos puestos en mí, sonrío de oreja a oreja.

—Esto es una tradición que Elías y yo siempre hemos tenido en Navidad. El año pasado le tocó elegir a él —aclaro dirigiendo la mirada hacia la bolsa—, pero este... he tenido la suerte de poder escoger un *look* especial para todos.

—Oh, no —dice él y parece que se haya puesto pálido de repente.

Sabe que yo siempre lucho por ganar una apuesta.

—Mi querido mejor amigo y tu fantástico novio —hablo dirigiéndome a Noah—, me retó el

año pasado a superar sus queridos jerséis de reno navideño, así que me he pasado los últimos tres meses buscando los mejores atuendos para la ocasión. Y por si os lo estáis preguntando, no, no podéis negaros a ponéroslo. Es tradición de Nochebuena.

—Lara, hay algo que... —Interrumpo a Adriana antes de que pueda decir nada más y abro la bolsa manteniendo la expectación.

Al girarme, saco cuatro jerséis que llevan la frase *Family hohoho* en el pecho y un montón de dibujos navideños que van desde árboles de Navidad hasta galletas de jengibre. El de Elías es de color verde y cuando se lo lanzo se queda atónito al ver que a la espalda lleva un reno enorme con su inicial bajo. Todas las prendas están personalizadas con la de cada uno y un dibujo que, según yo, nos representa. En mi caso es la galleta de jengibre, en el de Adriana una pandereta y en el de Noah un muñeco de nieve, porque dice volverse loco cada vez que una ciudad se tiñe de blanco. Me hubiera gustado tener uno para mi madre, pero ver sus ojos de ilusión es suficiente para saber que le han encantado.

Antes de que puedan decir nada, me pongo el mío y me hago un recogido para que el pelo no tape ni una sola parte de un jersey que, estoy segura, se va a convertir en mi eterno favorito, tanto que al próximo año no voy a querer ponerme otro.

—¿He superado o no las expectativas? —Levanto una ceja con orgullo y pongo los brazos en jarra viendo cómo el asombro sigue reflejándose en la expresión de un Elías que parece no saber muy bien qué decir.

Noah se pone el suyo, de color azul y empieza a hacer poses como si estuviera en una sesión fotografía y de repente, este me parece el momento más divertido que haya vivido desde que celebro las navidades en Irlanda.

—Joder, me encanta —suelta mi mejor amigo y se viene a por mí para darme un fuerte abrazo—. No debería hacer apuestas contigo, siempre me ganas, maldita cabrona.

Le pego un manotazo por el insulto y él responde haciéndome cosquillas hasta que corro hacia el sofá e intento protegerme de la forma más ineficaz posible.

Entre risas, busco a Adriana con la mirada y la veo acariciar el suyo con tristeza y de repente, me preocupa haber hecho algo malo o abierto una puerta que mantenía cerrada, ahí donde los recuerdos de su pasado siguen haciéndole daño por más que ella intente echarlos a un lado.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? Si no quieres ir así en Nochebuena, no pasa nada. —Me muerdo el labio inferior y me acerco a ella dejando las manos sobre sus hombros—. ¿Estás bien?

—Es que... hay algo que todavía no te he dicho. —Adriana titubea, incluso echa un vistazo a su alrededor, como si la presencia de nuestros amigos y de mi madre fuese un incentivo para quedarse en silencio—. Laura me propuso hacer una fiesta por Nochebuena para los vecinos y familiares de Irlanda, en el estudio de grabación y... le dije que me parecía una gran idea.

No necesito girarme para saber que Elías se ha quedado sorprendido, porque ha soltado un «Ay Dios» que se me he metido en los oídos con una fuerza descomunal.

—Pero... sabes que llevo pensando en esta cena un montón de semanas, ya tengo decidido qué iba a cocinar y todo. —Adriana se me acerca e intenta cogerme de las manos. Su mirada tiene una mezcla de inseguridad y tristeza que me deja con una sensación horrible en el estómago. —¿Cuándo te lo propuso?

—El otro día, cuando fuimos al Estrella.

—¿Y no has sido capaz de decírmelo hasta ahora? —Elevo la voz sin darme cuenta y Noah carraspea a nuestra espalda, buscando a Elías para llevárselo del salón, pero yo levanto una mano y les obligo a quedarse quietos—. No hace falta, la que se va soy yo. No me puedo creer que hagas lo que se te antoja cuando te dé la gana, Adriana —espeto y aunque sé que cuando estoy cabreada puedo ser muy hiriente, no presto atención a mis palabras—. Pero qué puedo esperar si está claro que tus intereses por la música siempre van a estar por encima de mí.

—Lara venga, yo... —Intenta disculparse, pero la rechazo sin pensármelo dos veces.

—Cariño... —Mi madre también abre la boca hasta que me ve negar y se queda en completo silencio.

—No quiero que estéis aquí cuando baje. Llevaos las galletas, a mí se me ha quitado las ganas de comérmelas —suelto y sin mirar a ninguno, me voy directa escaleras arriba.

...

Llevo más de quince minutos envuelta entre mantas y abrazada a mis rodillas intentando que el enfado se disipe, pero no lo consigo. Aunque lo que de verdad me oprime el corazón es la tristeza que siento al haber discutido con Adriana mientras todos estaban delante. La lluvia arrecia contra las ventanas y los árboles se escuchan golpeados por el viento, dejándome fría en el sitio y con ganas de no salir de la cama.

—Menuda mierda... —susurro y cuando se escucha un par de golpes en la puerta de mi dormitorio no puedo evitar gritar del sobresalto.

—¡Soy yo, tranquila que no es un asesino!

—Elías, ¡vete a la mierda! —reprendo llevándome las manos al pecho—. ¿Qué coño haces aquí? Os he dicho que no quería que os quedarais.

Él abre la puerta y se deja ver por el hueco, temeroso de que le pueda tirar la almohada a la cara, pero no tengo ni ganas de eso, así que da un paso firme y al cerrar viene corriendo para echarse encima de la cama. El bote provoca que me golpee contra la pared y ahora sí tengo ganas de pegarle con algo, pero antes de que pueda hacerlo, me abraza para que me esté quieta o, simplemente, intentar que la revolución que hay en mi interior se disipe un poco.

—¿Estás mejor? —pregunta titubeante, a lo mejor se piensa que todavía tengo ganas de matarlo.

—No lo sé, me ha arruinado la noche. —Aprieto los labios y me muevo para poder mirarlo a la cara—. Encima he montado un espectáculo, en la noche que Noah quería darte una sorpresa... —Al caer en la cuenta, me llevo las manos a la cara y niego rápidamente, sintiendo una vergüenza enorme—. Perdóname, no quería...

—Qué, ¿ser tan tú? —Elías se echa a reír y niega, cogiéndome de las muñecas para que pueda mirarlo a los ojos—. Algunas veces te pasas, pero no por eso voy a dejar de quererte. —Mis ojos se bañan en lágrimas y siento que de un momento a otro no voy a poder contener el llanto—. Mira, no quiero meterme en cosas que no me llaman, pero Adriana se ha ido muy jodida a casa. Tal vez debería de haberte dicho lo de la fiesta...

—Es que ese es el problema, joder.

—No me interrumpas —me reprende Elías—. Lo que quería decir es que dudo que ella

interponga lo profesional antes que a ti. Nos ha explicado que Laura sugirió la fiesta para que la gente que pase la Nochebuena sola, tenga un lugar en el que cenar y gente con la que estar en un día tan especial y, a veces, solitario. —Se encoge de hombros y su mirada ya me cuenta lo que va a decir a continuación—: Puedes enfadarte conmigo también, pero yo creo que es una idea muy bonita, recuerda la de veces que deseaste algo así en el orfanato. No tendrías por qué cambiar todo lo que tenías pensado, simplemente cocinar a gran escala.

Las mejillas se me encienden al escucharle, y ahora siento mucha más vergüenza que antes, sobre todo por creer en cosas que, desde luego, parecen muy fuera de lugar. A veces me da la sensación de que vuelvo a esos años de niña en los que sentía la inseguridad a flor de piel, como si todo el mundo que tenía a mi alrededor fuera a traicionarme o yo no me sintiera importante.

Sin decir nada, me abrazo a Elías y entierro la cara en su cuello, dejando que su pecho me calme mientras respira y me demuestra —una vez más— que siempre será la voz de mi razón cuando más dudas se presentan ante mí.

Ahora, lo único que deseo es volver a ver a Adriana para pedirle perdón mientras rezo, otra vez, por no haberla cagado.

14

CANCIONES VACÍAS

ADRIANA

Toco en silencio, envuelta en esa paz que solo encuentro gracias a mi guitarra. Las cuerdas vibran bajo mis dedos mientras tarareo una de las canciones que voy a interpretar dentro de unos minutos, cuando salga al escenario y me encuentre con el público habitual del Estrella. Anoche no pude pegar ojo y, de hecho, sentí unas horribles ganas de recorrer la ciudad sin descanso para respirar de otro aire que no contenga arrepentimiento. En mi mente, todavía está presente la mirada de decepción que Lara me dedicó en cuanto le conté lo de la fiesta y, lo peor de todo, es que todavía no consigo encontrar el motivo por el que no fui capaz de contárselo antes.

Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos, cogiendo aire despacio, intentando contar los segundos hasta que escucho pasos a mi espalda y veo la sombra de Marcos recorrer la madera que hay bajo mis pies.

—Todavía estás aquí, ¿no tienes ganas de salir ahí fuera? —El tono bromista de su voz hace que esboce una sonrisa, pero no dejo ver ni un ápice de alegría—. Esto es serio, ¿qué te pasa?

—He discutido con Lara. —Bufo y dejo la guitarra a un lado—. No le conté los planes de Laura para Nochebuena y cuando se lo dije ayer se puso hecha una furia.

—Pero si hace días que lo sabes... —comenta Marcos y enseguida ve lo irónico del asunto—. Vosotras encajáis como pocas personas he visto, ¿por qué no se lo dijiste?

—Eso me gustaría saber a mí. —Aunque esto no es del todo cierto, la pregunta toma forma en mi mente—. Supongo que me ha cohibido un poco el hecho de que no se siente cómoda con la presencia de Laura y sus ideas.

—Ya, pero eso no quiere decir que tengas que dejar de hablar con tu novia. Para mí la idea de la fiesta es maravillosa y ojalá pudiera estar allí para celebrarlo con vosotras, pero a lo mejor lo que Lara quería era algo más tranquilo, en familia ahora que os tiene a ti, a Noah y a tus tíos. No lo dice, pero siento que es una mujer a la que le gusta rescatar instantes así, no habrá tenido muchos en la vida.

—De hecho, creo que no recuerda una Navidad con un ambiente en familia —suelto y en cuanto lo digo, me doy cuenta de la razón de su enfado.

Ser yo quien le haya quitado esa ilusión me rompe por dentro y me deja con una sensación horrible en el estómago, tanto que estoy a punto de irme para buscarla, aunque bien sé que con las cosas tan en caliente puede que no sirva de nada.

Marcos se despide de mí por unos minutos dejando un apretón en mi hombro, y al marcharse hacia el bar vuelvo a coger la guitarra para llevarla conmigo tras el escenario.

Ojalá ella estuviera aquí, ojalá pudiera mirarla a los ojos para pedirle perdón y decirle que estoy deseando terminar el año con ella y besar sus labios para sellar la promesa de iniciar otro

más a su lado. El micrófono da un pequeño zumbido y me peino un poco el pelo con los dedos antes de respirar hondo, escuchando las palabras de Marcos.

—Como es habitual, hoy tenemos la actuación de nuestra mejor cantante, alguien que representa el espíritu y la luz del Estrella como nadie. Demos un fuerte aplauso a ¡Adriana Luna!

En cuanto el público lo hace, doy un paso y salgo al escenario con la guitarra colgando de mi hombro y una sonrisa que espero que no se perciba llena de dudas. El foco se centra en mí antes de acercarme al micrófono, dejando ir un suspiro mientras echo un vistazo a mi alrededor. Como ya esperaba, no veo a Lara por ninguna parte y eso me hace sentir vacía, sobre todo cuando Laura es quien me saluda desde la barra. Asiento para responderle y cierro los ojos en un intento por concentrarme en la música y no en el malestar que me sigue azotando. Mis dedos tiemblan durante un segundo, pero al tocar la primera nota, el malestar se disipa por completo.

Ahora, soy yo, la música y el público que me acompaña.

—*It was Christmas Eve babe, in the drunk tank...* —canto, en un tono dulce y cálido, acompañando al movimiento lento de mis dedos—. *An old man said to me, won't see another one and then he sang a song... The Rare Old Mountain Dew.*

El público se anima con esta canción de The Pogues y poco a poco empiezan a cantar conmigo mientras los acordes viajan por cada rincón del Estrella.

*I turned my face away
And dreamed about you*

*Got on a lucky one
Came in eighteen to one
I've got a feeling
This year's for me and you*

Como es habitual en muchas de mis actuaciones, los presentes hacen más dulce el ambiente al encender las luces de los teléfonos, moviéndolos como si quisieran crear una estampa romántica que yo disfruto muchísimo, o solía hacerlo. Me basta ver a uno, para imaginarme decenas y miles siguiendo el ritmo de la música mientras cantamos.

—*So happy Christmas, I love you baby* —pronuncio y abro los ojos con la única intención de encontrarme a Lara, a un par de metros de mí, mirándome con esos ojos que son capaces de llevarte al mejor de los sueños, como dice la canción. Aunque ahora sea una maldita ilusión—. *I can see a better time, when all our dreams come true...*

Suspiro y tomo aire, intentando que la desazón no se me note en la mirada, volviendo a ser esa artista que muchas veces tuvo que subirse al escenario a pesar de estar viviendo un momento horrible fuera de este.

Y las sensaciones continúan durante cada una de las canciones que canto hasta que las luces se apagan y la gente me despide entre aplausos. La parte de atrás me espera oscura y más solitaria de lo que la he sentido nunca, y aunque pareciera que estoy exagerando, noto el latido de mi corazón golpeando contra el pecho con rabia, como si estuviera enfadado por haber actuado así contra Lara. En noches como esta, la bebida solía ser ese bálsamo que cura a las almas enfermas, pero esta vez, me basta con la limonada de Marcos y su guiño para dejarme claro que la actuación ha estado genial.

—Acabo de confirmar que no me equivoqué al querer buscarte nada más llegar. —Laura se acerca a mí y me saluda rozando mi brazo mientras toma asiento en el taburete que hay a mi lado—. Ha sido increíble, te lo prometo, podría venir a cada actuación y seguir sorprendiéndome como hoy, estoy segura.

—¿Tan claro lo sentías? —pregunto y no puedo ocultar la molestia en mi voz—. No sé, según lo que me dijiste tenías tus propias dudas de que esto saliera bien.

—¿Estás molesta por algo? —Por mi forma de ser, debería no cabrearme que otra persona me responda de esa forma, pero la verdad es que esta noche no estoy para juegos—. Por Lara, ¿me equivoco? —Entrecierro los ojos sin decir nada, dándole más pistas de las que me hubiera gustado—. Ya veo, cuando fuimos al ático se notó que le sentó fatal que invadiéramos así su espacio, incluso diría que no se lleva bien con los cambios de rutina. Me lo dejó claro cuando le recomendé buscar otra visión de negocio.

—No deberías hablar de ella si no está, Laura, tú no la conoces —reprocho, aunque la verdad es que no sé por qué estamos discutiendo.

—No, pero a ti tampoco. Vine a Irlanda porque sabía que mi propuesta iba a ser irrechazable, es verdad, pero eso no quiere decir que haga las cosas de forma premeditada o viéndolo como un negocio sin más, si es lo que te estás imaginado. —El enfado le enciende la mirada y aunque noto que intenta medir lo que quiere decir a continuación, habla sin más—: Si no querías organizar nada de esto, podrías haberlo dicho, ahora no puedes culparme porque te hayas metido en problemas. Tú no ves a la gente de la misma forma que los que estamos aquí abajo, la música les hace muy bien, como también estos eventos cuando tristemente no tienen a nadie con quién celebrar una época que es familiar. Ojalá todo el mundo tuviera la oportunidad de hacerles sonreír como nosotros, porque esto es una misión de vida.

En cuanto se silencia, se termina la cerveza que tenía en el vaso y se abriga, dispuesta a irse.

—Laura, no pretendía ser una borde, no creo que seas una mujer que va con todo a por un trabajo sin pensar en los sentimientos de la gente. Lo digo en serio. —Mis palabras no parecen servir de mucho, porque ella coge su bolso y se mete las manos en los bolsillos—. No tenía idea de que significara tanto para ti.

—Nunca puedes juzgar a un libro por la portada, ¿verdad? —Se encoge de hombros y me deja con la palabra en la boca.

Intento volver a retenerla, pero no sirve de nada, porque ella me aparta y se aleja entre la multitud para salir del bar y dejarme si cabe más decepcionada conmigo misma que antes. Me llevo las manos a la cara e intento por todos los medios no gritar o pagarlo con alguien.

Lo último que necesitaba esta noche, era decepcionar a otra persona más.

15 SUEÑOS

LARA

La masa cae contra la mesa de metal con fuerza y otra vez provoco que Elías me mire como si quisiera matarme. Estoy tan pringada que ya no sé si mis dedos son una extensión más de lo que estoy haciendo, o todavía conservo sus verdaderos huesos y músculos. Sin embargo, aún con esas, vuelvo a intentar extenderla y amasar como si de verdad entendiera lo que hago. Mi mejor amigo me observa detenidamente hasta que se cansa de ver cómo hago un desastre y pone uno de sus brazos en jarra.

—Si vas a seguir asesinando la masa, mejor no me ayudes. En vez de bollos van a salir engendros —protesta exageradamente.

—¿Por qué me has pedido que te ayude entonces?

—¿Por qué estaba harto de oírte quejarte todo el rato? ¿Por qué no parabas de repetir que no querías darle dolores de cabeza a tu madre? ¡Por Dios, a veces eres insoportable!

—Y tú un llorica —sentencio y busco limpiar este desastre de manos bajo el agua—. Además, mi madre me ha dicho que me tome la mañana libre porque quiere cocinar un plato especial en casa y tenerme ahí le ponía nerviosa. —Abro el grifo y empiezo a quitarme los pegotes pegajosos que llevo entre los dedos mientras bufo—. Hubiese ido a ver a Adriana, pero...

—¿Tú ir antes de que vengan a pedirte disculpas? Venga, no me lo creo. —La ironía le cuesta que le lance un puñado de agua a la cara, aunque para su fortuna, apenas le rozan unas cuantas gotas. Después se cruza de brazos y toma apoyo en la mesa para mirarme con cara de pocos amigos—. Ambos sabemos cómo te aíslas cuando te cabreas o algo te sienta mal, y no es por nada, pero a veces también te equivocas. ¿Todavía no le has dicho que tienes pensado hacer la cena de Nochebuena en la fiesta?

Mi negación le saca de quicio y me doy cuenta por la manera en la que bufa y se lleva las manos a la cabeza. Ya me imagino lo que estará pensando y reproduzco en mi cabeza un «a veces no la soporto» que ya se está reflejando en sus ojos.

—Es que, no sé cómo hacerlo, ¿y si se piensa que soy una cría?

—Ja, es que a veces lo eres —sentencia Elías y coge rápido el rodillo que hay sobre la mesa porque ya me ha visto yendo a por él—. Te lo digo en serio, sientes tanto miedo a poder cagarla que te empuqueñeces y la cagas todavía más. Estás enamorada de Adriana, joder, y ella lo está de ti, ¿tan difícil es hablar sobre una tontería como esta?

—Es que no es una tontería, no quiero que piense que...

—¿Mmmmm? —Elías levanta una ceja y se cruza de brazos, dentro de dos minutos habrá perdido la paciencia conmigo.

—La echo mucho de menos cuando no nos vemos y bueno... —Carraspeo e intento encontrar las palabras correctas—. Ya llevo algunas semanas pensando que me gustaría que viviéramos juntas, y aunque no sé si ella está lista, tenía ganas de preparar la cena de Nochebuena para decírselo estando con vosotros.

Mi mejor amigo se queda boquiabierto, de hecho, parece haberse convertido en un robot porque, por un momento, no veo que su pecho de señales de que está respirando. Me acerco hasta él y muevo una de mis manos delante de sus ojos, después chasqueo los dedos y al final tengo que darle un pellizco en el cachete para que reaccione.

—¡Que me haces daño! —grita, llevándose la mano a la cara—. ¿Qué es lo que acabas...? ¡¿Por qué no me dijiste nada?!—

—¡No lo sé! —respondo elevando la voz.

Ahora parecemos dos locos en un manicomio. De hecho, alguien llama a la puerta y Aike se asoma para intentar entender por qué estamos metiendo tanto jaleo.

—Lara quiere pedirle a Adriana que vivan juntas —suelta inesperadamente para mí.

—¡Eso es maravilloso! —Aike entra al obrador y me abraza con tanta fuerza que apenas puedo respirar—. Hacéis una pareja maravillosa, sois lo que necesitabais para la otra.

—Hablas como si fuera a casarme con ella mañana —bromeo y cuando se me pasa la idea por la cabeza me pongo a toser—. Bueno... —digo separándome de ella—, tengo que pensar cómo voy a abordarlo.

—Lo primero que tienes que hacer es ir a disculparte —insiste Elías y pone los brazos en jarras—. Por una vez en tu vida, reconoce que has sido una exagerada.

—¡Está bien! —digo levantando las manos—. Eres un pesado, no sé cómo tu madre te aguanta. Te va a dar mucho la lata, lo sabes ¿verdad?

Aike se encoge de hombros y sin mediar palabra me dedica un guiño antes de volver para atender a los clientes.

Todavía tengo la mirada de Elías puesta sobre mí, así que voy a buscar el teléfono y me limpio las manos para teclear algunas palabras, y aunque borro el mensaje varias veces, al final consigo enviarlo.

Lara: Siento lo del otro día, ¿voy a recogerte al estudio para ir a comer a mi casa? Cocina mi madre.

El silencio dura unos segundos eternos en los que noto cómo el corazón se me acelera sin remedio. Cualquiera pensaría que hemos tenido una pelea por algo más serio, pero es que esto es suficiente para sentir que una nube gris se expande por mi pecho sin remedio, así que bufo y al notar la vibración entre mis manos estoy a punto de tirar el teléfono.

Adriana: Nos vemos ahí, te quiero.

...

Al dar las dos, he dejado a Elías en la pastelería y me he abrigado para ir al encuentro de Adriana. El frío me huela los huesos y hace que la nariz se me congele en cuestión de segundos y por más que llevo las manos en los bolsillos, no consigo que estas se me calienten. Iranda huele a una mezcla entre pino, almendra y dulce, una mezcla puramente navideña que vuelve a dejarme con mariposas revoloteando por todo mi cuerpo. Mis botas hacen ruido mientras camino y estoy

deseando dejar huellas sobre la nieve, pero ahora mismo, lo que más quiero es poder besar los labios de mi chica, abrazarme a su cuerpo y dejarle ver lo que tengo en mi interior, por más que todavía no pueda decir en voz alta cada uno de mis deseos.

Un grupo de niños cruza la calle hacia el parque y veo cómo las borlas de sus gorros se mueven al mismo ritmo. No hay mejilla de ninguno que no esté roja por las bajas temperaturas y en cuanto llegan a su meta, uno de ellos golpea el brazo de otro y grita un «¡La llevas!» que me recuerda a mis tardes de juego en el orfanato.

Llevar esas imágenes a mi mente hace que un escalofrío me recorra por dentro y ponga los pelos de punta, porque salvo esos pequeños momentos de diversión, mi vida allí fue una constante entre la soledad y los deseos por ser adoptada. De vez en cuando pienso en ello y la tristeza me invade por un rato, porque a pesar de las circunstancias, mi niña interior no es capaz de perdonar del todo a la mujer que ahora está en casa haciendo un rico menú italiano para comer.

—Olvídate de eso... —me reprendo y doblo la esquina para encontrarme con la visión de los puestos que hay en la plaza.

El ambiente es festivo, aunque un poco frenético y, aun así, no veo a la gente dejar de sonreír o curiosear por todas partes. Hasta hay niños que agarran las chaquetas de sus padres o abuelos para llamar su atención y que les compren pastas o golosinas artesanales. Me quedo tan embobada con esa imagen que apenas me doy cuenta de que Adriana ya está esperándome en la entrada al estudio. Su pelo se mueve por el viento y en cuanto su mirada choca con la mía, sonrío de oreja a oreja. «Tal vez no esté enfadada», me digo, aunque al llegar con ella llevo las manos a su pecho y cuello para compartir una caricia.

—Perdón por no haber ido a verte al Estrella, debes estar odiándome.

Adriana niega y me besa en los labios, compartiendo el sabor de un caramelo de fresa que debe haberse comido.

—En realidad soy yo la que lo lamenta, no pensé que la cena de Nochebuena fuera a llevar tanto significado. —Cuando dice esas palabras temo que haya intuido alguno de mis planes y estoy a punto de carraspear—. Tú nunca has tenido una noche así en familia y este año tu madre tampoco va a estar, no caí en la cuenta de que querías hacerlo en casa para vivir un momento así conmigo, con los chicos y con mis tíos. Odio haber dicho que sí a la fiesta.

—No lo hagas —pido y comparto una sonrisa con ella—. En realidad, es justo lo que deseo, preparar un montón de comida a personas que necesiten sentir esa calidez que uno experimenta cuando está con su verdadera familia. —Sin pensármelo dos veces me abrazo a Adriana y dejo ir todo el aire que estaba conteniendo en mis pulmones—. No me importa que haya más o menos gente, o que se haga en mi casa o aquí en el estudio, lo único que quiero es estar contigo.

Ella también suspira y al separarse me mira a los ojos con ese brillo en su mirada que es capaz de dejarte sin aliento.

—Vas a tener que ayudarme con algo... —dice y parece titubear, como si buscara las palabras correctas para continuar—. Laura también se ha enfadado conmigo. —Cuando levanto una ceja ella levanta las manos—. Digamos que le insinué que solo está interesada en hacer su trabajo y no en mí, o la gente de Irlanda.

Viniendo de Adriana, la sola idea de imaginarla diciendo algo así me deja pasmada, hasta que frunce el ceño totalmente desesperada y se me hace la mujer más adorable del mundo.

—Yo te hecho una mano, creo que tampoco me he portado muy bien con ella, lo admito. — Me encojo de hombros y agarro el brazo de mi chica para echar a andar—. Es que me sentía un poco celosa por ver que pasaba tanto tiempo contigo, por un segundo me recordaba a Erin.

—¿A Erin? ¡No tiene nada que ver! —Adriana levanta la voz y varias personas se nos quedan mirando, lo que provoca que yo carraspee y forme una sonrisa fingida muerta de la vergüenza—. Es una mujer increíble, es verdad que se ha pegado un poco a mí, porque creo que no le gusta dejar las cosas al aire. Estos días he descubierto que ella también lo pasa un poco mal en estas fechas.

—Pues tendremos que echarle una mano —afirmo sin necesidad de mentir.

Adriana forma un gesto de alivio mientras dejamos atrás una plaza que a cada minuto se siente más viva, con el recuerdo de una primera vez que, a nosotras, nos unió para siempre.

16

ESTRELLAS FUGACES

ADRIANA

Cuando Lara abre la puerta, los aromas viajan desde la cocina hacia nosotras con una magia que nos deja paralizadas. Al girar la cara y ver su gesto, apuesto a que ella está salivando y casi me pongo a reír. Aunque me calmo una vez que Stella aparece frente a nosotras, secándose las manos y con algunos mechones de un recogido acariciando su frente y mejillas. Cada vez que la miro, es como si viera una versión más adulta de la persona que está a mi lado y que ahora mismo, está paralizada.

—Creo que acabas de hipnotizarla —digo con diversión, y la madre de Lara viene hacia mí para fundirse conmigo en un fuerte abrazo—. Huele de maravilla, ¿has estado toda la mañana cocinando?

—Elías se la llevó a preparar algunos de sus bollos a la pastelería, tenía que sacarla de su zona de confort o algo así. —Se encoge de hombros y yo alzo mis cejas con sorpresa.

Lara reacciona pasando de ambas, y esboza una sonrisa pícara como si no hubiera roto un plato en su vida —cosa que dudo bastante—. Mientras guardo silencio me doy cuenta de que es posible que haya tenido una de esas charlas que a mí también me salvan la vida cuando vienen de Noah. De hecho, estoy segura de que el resto también habría trazado un plan para intentar derrocar la cabezonería de mi novia y hacerla ver esos pequeños errores que, al final, provocan que nuestra relación mucho más divertida.

Entre risas, las dos dejamos la ropa de abrigo, y seguimos los pasos de Stella hacia la cocina para descubrir un montón de colores en forma de ingredientes que están esparcidos por la encimera con elegancia, tanta que cualquiera diría que son pinceladas de un cuadro creado por un excelente pintor.

Su alegría es palpable, y veo que los nervios la recorren por dentro por la forma en la que se cruza de brazos, intentando contener una emoción que empieza a tomar el control de su mirada.

—Mamá, esto es... —A Lara se le atascan las palabras y sus dedos van a parar al final del jersey que lleva puesto, para acariciar la lana antes de echar un vistazo a lo que hay dentro de las sartenes y los platos—. Menudo banquete que has preparado.

—Sé que no es un menú típico de Navidad, pero quería hacer algo para ti antes de volver a Lerici. Bueno, para las dos. —Stella me mira y dedica un guiño con esa clase de cariño que uno es capaz de reconocer en una madre—. Me alegra que ya no estéis enfadadas.

—¡Mamá! Se supone que estas cosas son secreto entre nosotras —protesta Lara, y las tres rompemos a reír, pero ella no tarda en quedarse callada, mirando hacia abajo y abriendo la boca en una O enorme—. ¿Has hecho una tarta?

—Torta Caprese —informa Stella—, es mi especialidad. Con chocolate y nueces, quería

darle un toque más de estas fiestas.

—Ten cuidado o querrá empezar por el postre —advierdo y Lara se pone recta para fulminarme con la mirada—. ¿Qué? Eres tú la que dejarías morir al resto de la humanidad solo por comer un poco de chocolate.

—Tonta... —se queja ella.

Nuestras caras deben de ser un poema porque Stella no puede contener la risa, doblándose y llevándose una mano al estómago.

Me gustaría poder grabar este momento, para que cuando Lara se sienta triste, vea las cosas buenas que ha conseguido gracias a su tesón por hacer realidad los sueños por los que se ha esforzado durante todos estos años. Verla así de plena, aquí con su madre, hace que un cosquilleo revolotee en mi estómago, y por eso voy junto a ella para abrazarla por la espalda y dejar un beso en su cuello.

—¿Qué más has preparado, Stella? —Mi pregunta la hace sonreír y no tarda en enseñarnos un plato de pasta a la Amatriciana, donde el queso pecorino es protagonista.

—He tenido que recorrerme media Irlanda para conseguirlo, pero ha merecido la pena. Esta ciudad es digna de ver —clama con una sonrisa de oreja a oreja—. Ojalá no tuviera que volver a Italia tan pronto, pero prometo que estaré de vuelta en cuanto pueda.

—Al año que viene podríamos pasar allí la Navidad —propongo y Lara se me queda mirando sin saber muy bien qué decir—. Si podemos, no sé cómo estará el tema con tu...

—Ellos están deseando conoceros. Desde que regresé de Irlanda la primera vez no hacen más que preguntarme por su famosa hermana escritora. —Lara deja escapar un sonido gutural muy gracioso que delata lo nerviosa que acaba de ponerse por escuchar la palabra «hermana» y yo siento casi lo mismo, porque sé cuánto significa esto para ella—. De no ser porque han estado ocupados con los estudios, seguro que habrían venido, pero bueno... otro año será. Por el momento, y si todo sale bien, ya tenemos planes para el siguiente. Haré una ruta de visitas para que volváis a España enamoradas de mi segunda casa.

Los ojos de Lara brillan y estoy segura de que en su cabeza ya se está preguntando cuál puede ser la primera para Stella, aunque a mí no me cabe duda de que es el corazón de su hija.

Nos metemos en una burbuja de emociones durante unos cuantos minutos, hasta que el reloj del horno suena y salimos de la ensoñación para empezar a preparar los platos y servirlos a la mesa. Las aceitunas y una buena ensalada con varios quesos, reinan el centro y llenamos las copas con refresco para brindar por una comida que nos saca unos cuantos suspiros en cuanto probamos bocado. Creo que nunca había disfrutado de una mezcla de ingredientes tan sabrosa como esta, y eso que mi tía cocina de maravilla.

Lara y yo nos quedamos en silencio, disfrutando de cada bocado, hasta que Stella logra sacarnos un poco de conversación y empezamos a compartir anécdotas de estos últimos meses y el *outfit* que vamos a llevar para Nochebuena.

—Tenéis que mandarme una fotografía de ese momento —pide su madre, y Lara no tarda en afirmar estrechándole la mano.

Al verlas sonreírse y dedicarse palabras de cariño, caigo en la cuenta de que por fin han podido cerrar esa puerta en su pecho que estaba llena de melancolía, de recuerdos tristes y vacíos, de instantes en los que tal vez se buscaron sin tener idea de cuándo o cómo se iban a encontrar. Hay un instante en el que dejo los cubiertos de lado y apoyo mi cara mientras las

observo detenidamente, como dos gotas de agua que tienen algunos matices que las hacen diferentes y únicas.

Río se presenta en mi cabeza, con esos ojitos brillantes y las mejillas sonrojadas, con la misma expresión que su madre, logrando ser una extensión de ella. La emoción me invade por un momento, pero consigo mantenerla a ralla durante un buen rato, el suficiente para que las horas pasen, recojamos todo y Stella vuelva a su habitación con la excusa de no querer molestar a su hija y a mí —al parecer, no le gusta hacerlo con nadie—. Cuando Lara cierra la puerta después de despedirse, se queda apoyada de espaldas a esta y me mira con una felicidad que quiero encerrar en mi corazón para siempre. Yo soy quien camina hasta ella, quien besa sus labios y la que se queda ahí parada, disfrutando de cómo su corazón late frenético.

—Mañana vuelve a casa —dice, con un halo de tristeza apareciendo en sus ojos.

—Seguro que vuelves a verla muy pronto, no creo que Stella sea de las que rompa sus promesas —aclaro y comparto una caricia en las manos de Lara—. Además, piensa que ahora tienes que centrarte en la cena de Nochebuena, seguro que ya tienes un montón de ideas que llevar a cabo.

—De hecho, tengo el menú preparado desde hace unas semanas —confiesa más que encantada—. Solo tenemos que comprar los ingredientes a gran escala y pedir socorro a los chicos para que me ayuden a tenerlo todo listo.

—Me encanta que seas así de organizada para algunas cosas. —Muerdo mi labio inferior y ella no tarda en rozarlo con su índice, provocando que tenga un escalofrío y que la piel se me ponga de gallina.

—¿Te apetece tomar un baño? —pregunta, y sé que ya conoce la respuesta para eso.

...

El agua caliente nos cubre hasta el cuello, en un cuarto de baño donde el espejo central y las paredes se han llenado de condensación debido a la temperatura. Lara me está mirando en silencio, como si estuviera intentando traspasar las capas de mi cerebro para ver qué se esconde en los pequeños recovecos donde mis pensamientos revolotean dedicados a una sola persona: ella. Me he dado cuenta de que la luz de las velas cae sobre su piel dibujando algunas sombras que la dotan de una elegancia digna de tener presente cada minuto, y que provoca que me quede así un rato, tomando fotografías en mi mente para guardar este instante para siempre.

Uno de sus pies me acaricia el muslo, y el cosquilleo provoca que sonría sin poder ocultar que estar aquí es la sensación más increíble del mundo. Eso y ver cómo ella se acerca hasta mí para besar mis labios sin esperas, colándose entre mis piernas y haciendo que el agua trasvase para poner el suelo perdido.

—Mier... —Estoy a punto de decir, pero ella me lo impide llevando una de sus manos entre mis muslos.

—No te preocupes por eso, ya limpiaremos luego —susurra sobre mis labios.

Su lengua acaricia los míos despertando un calor que va recorriendo mi cuerpo a la vez que saboreo su boca una vez más, con esas ganas que no parecen tener fin y que me dejan temblando cuando estoy entre sus brazos.

Lara tiene el poder de que me olvide del tiempo, de hacer que cada suspiro o cada latido se convierta en algo especial, en fuegos artificiales cuando la tengo cerca, me toca y me acaricia de la manera en la que ahora lo hace, sin apartar su atención de mí, procurando que sienta cada uno de sus movimientos. Sus dedos danzan por el agua y van hacia mi sexo lentamente, haciéndome tirar todo el aire por culpa de la desesperación de quererla dentro de mí. Llevo la mano a su nuca y la atraigo a mis labios para besarla con desesperación, notando cómo el cosquilleo sube desde mi vientre hacia todo mi cuerpo, erizándome la piel de los brazos y también de mi nuca.

Cuando empieza marcar círculos dejo ir un gemido que se hace más sonoro al penetrarme y ella sonríe antes de buscar mi cuello, dejando besos y mordidas que me encienden todavía más y provocan que busque sus pechos, para acariciarlos con mis manos mientras ella se mueve, encontrándose con mis caderas y una explosión de emociones que no puedo controlar. Tardo un par de segundos en aferrarme a su cadera con fuerza y ella se coloca sobre mis piernas permitiéndome tocarla, iniciando un baile en el que el agua nos acompaña, además del latido frenético de nuestro corazón.

Su pelo húmedo cae por su cuello y también por su pecho y espalda, la veo morderse el labio inferior y me pierdo en esa imagen durante un buen rato, hasta que nuestros cuerpos no pueden más y tiemblan en una batalla perdida contra el orgasmo. Su voz se une a la mía, Lara gime y yo grito de placer sobre sus labios, besándolos para volver a empezar, y viajar entre sus curvas a un mundo que quiero redescubrir hasta el cansancio.

Hasta que el tiempo deje de ser tiempo y nos convirtamos en estrellas fugaces que se vuelven a encontrar.

UNA NOCHE LLENA DE COLOR

LARA

Nunca había visto a tanta gente agolparse en la entrada del Estrella. La acera está repleta y ya forma una fila de decenas de personas que esperan su turno para agotar la entrada al bar y disfrutar de un recital de música que va a ser inolvidable. Hace diez minutos que me he despedido de Adriana con un beso y la promesa de estar en primera fila, y no pienso fallarla, salvo porque Elías sigue retrasándose dándome ganas de ir a matarlo personalmente. Es decirlo y verlo aparecer a la vuelta de la esquina, cargado con bolsas y las gafas a punto de saltar por culpa de la carrera. Debo reconocer que la imagen es preciosísima, sobre todo porque solo lleva un guante puesto y el gorro de lana medio caído.

A su espalda, los chicos también llegan a toda prisa y lanzan un sonoro suspiro en cuanto cruzan la calle y llegan hasta mí.

—Sentimos llegar tarde, es que no encontrábamos aparcamiento —se excusa Ava, y su cara de agobio me lo confirma.

—Tranquilos, Adriana ya se está preparando, pero el bar todavía no está lleno, aunque Marcos nos está esperando. ¿Traes todo? —Elías afirma y yo le robo un par de bolsas para emprender el camino hacia el interior.

El aspecto irlandés que siempre suele tener ha cambiado por completo al estar adornado con guirnaldas, espumillón y pequeños arbolitos navideños que están repartidos por las diferentes mesas que dan forma al local. También hay velas y luces que se encienden y apagan con lentitud, dando al Estrella un aspecto romántico y dulce. La madera se mezcla con el perfume a cera y por un momento, me recuerda a hogar.

Marcos nos saluda tras la barra y a su lado, Laura parece tan nerviosa como lo estaba Adriana hace unos minutos.

—Por un momento pensé que no llegaríais —se lamenta y que lo diga con una media sonrisa me indica que está deseando que la noche vaya bien—. Espero que haya cotillón para todos, esto se va a llenar a rebosar.

—Adriana siempre ha causado ese efecto —admite Marcos—, pero creo que este día va a ser todavía especial, hay mucha gente que dejó de celebrar la Navidad y que va a venir especialmente por ella. Está claro que ella es la Estrella y no el bar. —La sonrisa que su dueño esboza no tiene precio y yo giro la cara para mirar hacia el escenario, dándome cuenta que tiene razón, porque la verdadera magia se encuentra en la mujer que debe estar afinando su guitarra ahora mismo.

—¿Por qué no vamos a repartir todo esto? —Yago se coloca su gorro de Papá Noel y me dedica un guiño antes de robarnos un par de bolsas—. Guárdanos el sitio, que no quiero

perderme el espectáculo.

—Tranquilo —aclaró, y cuando Ava se despidió con un beso en mi mejilla, dejé que se vayan a repartir el cotillón y un pequeño presente que nadie podrá abrir hasta que la actuación haya terminado—. Laura, ¿podemos hablar un momento? —Encaro su mirada y mi mejor amigo desaparece en cuanto lo hago, dejándome a solas con el peligro.

Acción que Marcos imita sin remordimientos. ¿Para qué quiero tener enemigos?

—¿Qué pasa? —Ella apoya las manos sobre la barra y noto cómo se muerde el interior de sus mejillas.

—Quería disculparme, sé que he sido un poco borde contigo. —Carraspeo y noto cómo las palabras se me atascan en la garganta—. No es que hicieras algo malo, es solo que...

—Es fácil sentirse insegura cuando tienes un bonito amor como el que a ti te une con Adriana —responde, dejándome más asombrada de lo que esperaba—. Lo entiendo perfectamente, créeme, pero nunca tuve la intención de ponerte celosa o acapararla, ya has visto lo que hace, no muchas personas lo consiguen.

—Ya me he dado cuenta —admito y dejo ir un suspiro con pesadez.

—Tú deberías hacer lo mismo, ¿sabes? Darte la oportunidad de brillar tal y como mereces, porque tienes un santuario en El ático verde y también has escrito una novela maravillosa. —No sé por qué me sorprende que la haya leído, pero de repente siento que las mejillas me arden por culpa de la vergüenza—. Ojalá yo tuviera la suerte de encontrar un amor así de verdadero y que no me tiren más a la basura como si fuera una colilla.

—Yo... lo siento —lamento, aunque ella niega de inmediato—. No te conozco lo suficiente, pero el amor que has dedicado a esta ciudad durante estas fechas me dice que eres una persona maravillosa. Ya verás cómo en algún momento, la vida te recompensará por ello.

Laura se encoge de hombros y no añade nada más, tampoco es necesario. El Estrella continúa llenándose y me despido de ella con un asentimiento antes de ir con los chicos para terminar de repartir todo el cotillón, ponerme mi gorro correspondiente y plantarme frente al escenario a la espera de que Adriana haga su aparición. Según nos ha comentado, tiene una pequeña sorpresa que darnos, así que ya noto cómo los nervios se instalan en el centro de mi pecho.

Pasan unos cuantos minutos y al apagarse las luces, los invitados aplauden con energía y vitorean a Adriana en cuanto su sombra aparece sobre el escenario. La luz la enfoca y me quedo boquiabierto al ver que también va con un gorro y una chaqueta de Papá Noel. Su guitarra está decorada con algunas pegatinas dignas de la época y sus botas golpean la madera con fuerza mientras sonrío y pega sus labios al micrófono.

—¿Estáis preparados para vivir una noche mágica? —El público grita un «sí» al unísono que hace compañía a los primeros acordes que toca con la guitarra.

Blue Christmas de Elvis suena y la gente parece volverse loca al escuchar la primera estrofa de los labios de Adriana, quien sonrío como nunca y me mira dedicándome un guiño que me deja temblando en el sitio.

—Es perfecta para ti. —La voz de Aike me sorprende y me giro para encarar la felicidad que brilla en sus ojos antes de que pase un brazo por mi cuello para abrazarme—. No se te ocurra pasar la oportunidad de decirle cuánto la amas.

—No lo haré, te lo prometo —susurro en su oído.

Los demás parecen haber escuchado la conversación, porque a mi lado, también dejan ver la misma alegría que desprende ella y unidos, empezamos a cantar la canción junto a mi chica de las canciones, cuya magia sale disparada de su voz, para colarse en el pecho de cada persona que está aquí con nosotros.

*Decorations of red on a green Christmas tree
Won't be the same dear, if you're not here with me*

Adriana brilla sobre el escenario otra noche más, en la que sus dedos tocan las cuerdas de la guitarra como si después de este momento, no fuera a tener otra oportunidad de hacerlo.

Sus ojos se iluminan de repente y al mirar a mi espalda veo la llegada de sus tíos, frotándose las manos por el frío y tirando vaho al ser recibidos por una calidez que no solo llega a través de una canción. Desde mi posición levanto la mano y los saludo, ellos caminan con cuidado apartando a la gente poco a poco hasta que llegan a donde estamos nosotros y les doy un beso en la mejilla a cada uno.

La canción cambia de registro y el bar se queda en silencio hasta que da comienzo otra, en la que aprovecho para girarme y encarar la mirada de Carlota y Adrián.

—Me gustaría comentaros algo —digo elevando un poco la voz para que puedan escucharme en medio de este barullo—, ¿vais a venir a la fiesta de Nochebuena en el estudio?

—Claro que sí, no nos lo perderíamos por nada del mundo. Además, Adri nos ha dicho que vas a cocinar tú y conociéndote, vas a hacer que no olvidemos esa cena nunca. —Carlota me dedica una sonrisa y repara en la presencia de mi madre, justo al lado de mí, así que extiende su mano sin necesidad de que yo le diga quién es, porque el parecido es notable—. Tú debes de ser Stella, lamento que no hayamos tenido tiempo de conocernos antes, el trabajo por estas fechas nos consume.

—No os preocupéis, ha sido un viaje poco planificado, de hecho, salgo esta misma madrugada. En otro momento espero que podamos vernos para comer.

—Por supuesto. —La tía de Adriana le da dos besos y vuelve la atención hacia mí—. ¿Qué necesitas?

—Vuestra bendición —al soltarlo así, hasta Elías se gira y se le desencaja la cara. A veces me dan ganas de matarlo por lo tonto que es, como si no supiera qué quería decirles ya—. Quiero pedirle a Adriana que vivamos juntas, pero no sé si ella está preparada para hacerlo o si vosotros la veis...

—Está deseándolo. —Es Adrián quien me interrumpe y se echa a reír. Su sobrina sigue cantando, aunque de vez en cuando giro la cara para encarar su mirada para evitar que sospeche algo—. No lo ha dicho en voz alta, pero se le nota que le gustaría despertarse contigo todos los días, lo ha dejado caer más de una vez. Además, las vistas desde tu casa al río Sari, la van a inspirar muchísimo.

—¿Os lo imagináis? Las dos escribiendo en el porche. —Elías pone en mi cabeza una imagen que me deja con el corazón acelerado. Sería un sueño hecho realidad—. Yo creo que se lo debería haber pedido antes.

—Cada cosa a su tiempo, ¿o crees que no te pasará a ti lo mismo con Noah? —dice Carlota—. Por cierto, ¿dónde está?

—Ha tenido un imprevisto con el trabajo, iba a llegar un poco tarde, pero no es nada serio,

tranquilos.

Cuando Adriana llama la atención de los presentes, mi mejor amigo se gira de golpe y levanta la mano para animar el cotarro mucho más.

A mí me entra la risa y niego sin dejar de prestar atención a los tíos de Adriana.

—Vais a ser muy felices viviendo juntas, estoy segura —afirma Carlota y guardo su sonrisa para alejar los nervios que se vuelven a instalar en mi estómago.

—Buenas noches, ¿un poco de atención por aquí? —Adriana nos reclama mientras toca la guitarra con una suavidad increíble. Las notas viajan por todas partes en forma de susurro y yo me abrazo, como si la tuviera a ella frente a mí—. Ahora quiero que todos cantemos esta canción juntos, ¿de acuerdo? Démonos un poco de alegría para esta Navidad. Creo que alguien ha preparado un detalle para vosotros, así que no dudéis en abrirlo. ¿Laura?

Los pelos se me ponen como esarpas y giro la cara para ver a la nombrada encima de la barra del bar, con una pequeña caja que abre y donde se encuentran tres bombones, hechos por Elías y por mí, aunque lo más especial está en el papelito que hay en el interior de cada una.

Todo son notas que yo misma he escrito de manera personalizada y sin conocer a la persona que le iba a tocar, listas para sacarles; al menos, una sonrisa.

—Tú, que eres sol y luna, abraza tu alma y corazón, se la hoja que cae y vuela para dar el cambio de estación y una nueva luz a tu vida —lee Laura y noto cómo la voz le tiembla, como si la necesidad de sentirse así, estuviera llamando a su puerta.

—Que estas letras, hagan de este día, algo inolvidable, el momento perfecto para dejar marchar y volver a empezar —añade Adriana y mis ojos se empañan de emoción.

Ella me lanza un beso y vuelve a tocar su guitarra, lista para cantar *All I Want For Christmas Is You*. Las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas a la vez que mi madre me abraza por la espalda y pone su barbilla en mi hombro.

Me aferro a sus manos con fuerza, pegándome a su cuerpo mientras dejo ir cada gramo de felicidad que se ha introducido en mi pecho de una forma especial. Todas las personas que hay en el Estrella cantamos y disfrutamos de la actuación hasta que las voces cambian por las risas y los buenos deseos, y cuando el cotillón hace que el confeti vuele por los aires, imagino que estamos en las calles de Irlanda, con la nieve cayendo y los sueños, convirtiéndose en realidad.

18

TENERLO TODO

ADRIANA

La Nochebuena es bienvenida con una nevada que ha dejado a Iranda cubierta bajo un gran manto blanco. Los coches y las repisas de las ventanas tienen varios centímetros de nieve, y hay un montón de niños jugando en las calles y parques; las bolas vuelan de un lado a otro, y chocan contra las paredes y las personas, explotando en granitos de felicidad y risas que me hacen suspirar. Lara va agarrada a mi brazo y también echa un vistazo a nuestro alrededor sin poder ocultar la sonrisa de sus labios, y cuando la miro, me doy cuenta de que su mirada brilla con un halo especial, como si estuviera dándole vueltas a algo.

—¿Qué andas pensando? —pregunto y ella se para en seco, lo que hace que levante una ceja—. Querías encerrarte en casa conmigo y hacerme gemir hasta el cansancio, ¿verdad?

—¡Cállate! —grita pegándome un manotazo que provoca que rompa a reír—. Eres muy tonta, ¿lo sabías? —Ella se agarra a mi abrigo y me acerca a sus labios para besarme antes de acariciarme en el cuello—. Solo estaba pensando en algo para la novela que escribo, los días así inspiran a cualquiera, ¿no te parece?

—La verdad es que sí, y si no fuera porque tenemos que ir a preparar la comida, estaría escribiendo.

—Menos mal que Aike nos deja la pastelería y su casa para hacerlo todo, sino seguro que no habríamos dado a basto. Mi casa es grande, pero no hay fogones suficientes para cocinar a gran escala. —La protesta se escapa de sus labios con un suspiro, y en los ojos de Lara puedo ver que tiene miedo a defraudar a la gente.

—Tendríamos que haber contratado un cáterin, pero seguro que me dices que le habría quitado la magia al asunto. —En cuanto me mira soy consciente de que eso era justo lo que estaba pensando, así que soy yo quien besa sus labios y la encierra en un abrazo que me sabe a gloria—. Va a ser una noche maravillosa, ya lo verás —prometo y busco su brazo para seguir caminando.

El casco antiguo tiene, si cabe, mucha más magia que en días pasados gracias a la nieve y la música que suena a través de los altavoces. Antes de llegar a casa de Aike, varios niños pasan corriendo por nuestro lado y sin tiempo a reacción, una bola me pega directa en la cara. La nieve se me mete en la boca y empiezo a toser, buscando al diablillo que haya podido hacer esto, aunque al levantar la mirada no me creo a quién estoy viendo.

Noah se ha puesto blanco y sus manos se abren dejando caer los restos al suelo. A su lado, Elías abre la boca y Lara me toca el brazo como si quisiera hacerme reaccionar.

—Pe-Perdona, no sabía que tú... —titubea mi mejor amigo y le veo mover un pie.

—Eres un... —Aprieto los labios y sin darle oportunidad a huida me voy a por él—. ¡Te vas

a enterar!

No sé cómo lo hago, pero consigo coger un montón de nieve de una ventana y en cuanto lo atrapo se la meto por la espalda para hacerle gritar como un crío. Seguidamente, se lleva las manos atrás y hace aspavientos intentando que los copos no se muevan por todo su cuerpo, cosa prácticamente imposible, así que lo oímos quejarse hasta quedarse sin voz. De repente, se gira y me mira con cara de perro furioso dispuesto a cazarme.

—Oh, oh. —Elías habla y se esconde detrás de un coche al mismo tiempo que Noah sale disparado y coge un montón de nieve del suelo para hacer una bola y lanzármela acertando de pleno.

—¡Tengo una puntería buenísima! ¿Recuerdas? —grita y en cuanto me lanza otra, tengo que darle la razón.

Ahora es a mí a quien se le cuela la nieve por el cuello y suelto un quejido que parece hacerle gracia a Lara por la manera en la que me mira. Lo que no espero es que vaya a ser tan traidora como para lanzarme otra bola que impacta contra mi cabeza, llenándome el pelo de copos blancos que caen poco a poco en forma de gotas. Ella se encoge de hombros y parece disfrutar lo que ve, porque ya está más que dispuesta a lanzarme otra, pero en esto, no pienso dejarle ganar.

Elías se suma a nosotros, y empezamos una guerra de todos contra todos con la que acabamos llenos de nieve hasta arriba y las manos rojas por el frío. Diez minutos más tarde ya estoy frotándomelas por culpa del dolor y ni el vaho de mis labios logra aliviar la sensación.

—Pienso cobrarme venganza —le digo a Lara, quien levanta una ceja con diversión y aunque me gustaría ponerme a pensar en lo que podría hacer, la madre de Elías abre la puerta de su casa y se asoma para gritarnos.

—¡Llegáis veinte minutos tarde y yo no pienso encargarme de toda la cena!

—Uh, creo que se ha enfadado —bromea Elías, pero ninguno se atreve a burlarse de ello, porque en cuanto la miramos a los ojos, sentimos el regaño.

—Creo que mejor nos vamos poniendo en marcha —propone mi chica y carraspea limpiándose los restos de nieve que le ha quedado en la ropa, encarando la mirada de Elías—. No sé cómo te atreves a reírte, ¿has olvidados los castigos de tu madre?

—No creo que nos deje sin comer dulce, ya somos mayorcitos —se queja él, pero al verle tragar saliva, no siento que esté tan convencido.

Verlos así hace que sonría, y con un trayecto de huellas a nuestra espalda, entramos en casa de Aike para ponernos manos a la obra y hacer de esta noche, un evento inolvidable para los que miran por la ventana y abrazan a la melancolía.

...

El banquete que hemos preparado en cuestión de cuatro horas me deja con la boca abierta y un cansancio que no puedo describir, aunque la satisfacción que siento es todavía mayor. Por suerte, la madre de Elías estuvo previsora y encargó varias bandejas para que pudiéramos llevar la comida al estudio sin problemas. Allí los chicos ya deben de estar preparando las mesas junto a Laura, y seguro que ella también ha traído ya a su equipo de grabación, listos para transmitir en

directo el programa de la noche.

A lo largo de la mañana nos hemos enviado unos cuantos mensajes y Lara no ha dejado de mirarme con curiosidad, añadiendo momentos increíbles en los que, con un simple guiño de ojo, ha logrado que me sienta amada cada día más.

—Según Laura todo está quedando precioso —comunico y ella se acerca a mí para dejar un beso en mis labios.

—No sé por qué dudé de que fuera una gran profesional.

—Porque estabas tan celosa que no eras capaz de ver las cosas con claridad. —Elías se calla conforme abre la boca porque ya ha visto a Lara coger una cuchara de madera y no puedo evitar pensar que se la va a lanzar a la cabeza—. ¿Qué? Ambos sabemos que es verdad.

—Eso no quiere decir que tengas que soltarlo en voz alta, imbécil.

Levanto una ceja y rompo a reír bajando poco a poco su brazo para evitar que lleve a cabo la amenaza que dejan ver sus ojos.

—Vale, vale, dejar ya de ser niños de patio. Hay mucha comida que podría echarse a perder y no queremos eso —les regaño, y Lara infla las mejillas como si de verdad fuera una cría. Para seguirle el juego le hago tirar el aire apretando con mis dedos, pero al final, le concedo un segundo de felicidad con un beso que la hace suspirar—. Hazle una foto a todo, seguro que a Stella le encanta verlo.

—Ojalá no hubiera tenido que marcharse. —Lara deja ir un suspiro y camina por la cocina de Aike para buscar su teléfono.

—Seguro que al año que viene podéis pasar la Navidad juntas, no tengas miedo a volver a quedarte sola. —Es mi mejor amigo quien le dedica esas palabras y cuando miro a Lara me doy cuenta de que es justo lo que está temiendo.

La tristeza baña su expresión y yo miro a los chicos para pedirles que vengan con un gesto de cabeza. Los tres rodeamos a Lara y la abrazamos tan fuerte que estoy segura de que se le corta la respiración, pero eso no nos hace dejarla, porque lo único que queremos es que se sienta segura y orgullosa de todo lo que ha conseguido, y que tenga muy claro que es importante para la vida de su madre, y también para la nuestra. Tanto, que simplemente hay que mirar el mimo que ha puesto en cada detalle de la cena para ser consciente de ello.

El menú consiste en unas tartaletas con carne y patatas guisadas, además de varias empanadas con las que la gente se va a chupar los dedos, y que tienen la mano de Aike y Elías reflejadas ahí, además de en los postres, claro.

Lara me ha prometido que me voy a sorprender con cada uno de los sabores, que va a ser como si cada ingrediente cantase una canción. No puedo evitar creerla porque lograr que lo imagine de esta manera, ya logra que quiera probarlo todo. Aunque lo que más me gusta de todo esto es haber preparado la comida con ella, Elías y su madre, y también con Noah; saber que la hemos hecho sonreír y soñar con un montón de navidades así, que le hemos dado la celebración que ella deseaba... Al mirarla a los ojos lo único que deseo es estar a su lado para siempre y concedérselas por completo.

19

TODO LO QUE UN DÍA SOÑÉ

LARA

Mi teléfono vibra y veo un nuevo mensaje de mamá, enseñándome los platos que ha estado cocinando durante la mañana. En sus ojos se refleja un poco el cansancio por levantarse temprano, pero lo que me gusta ver es la emoción que estos transmiten al compartir un día como este conmigo. Aunque estemos separadas por kilómetros de tierra y mar.

Aquí, ha dejado de nevar y el sol brilla en lo alto del cielo de Iranda a pesar de que las nubes intentan cubrirlo. La gente camina a toda prisa y los parques siguen llenos de niños y abuelos que pasan juntos un buen rato de juego mientras en las casas se cuece la fórmula perfecta de la familia y el amor.

Cuando llegamos a la plaza vemos que los puestos están abarrotados de gente deseando llevarse a sus casas algunos dulces y productos artesanales. También hay padres que compran juguetes de madera para sus hijos y yo sonrío al imaginar la cara de felicidad que se les pondrá en cuanto descubran los regalos al día siguiente bajo sus árboles.

Laura nos recibe en la puerta del estudio y a su lado Roberto ya está grabándolo todo, así que no puedo evitar arreglarme un poco ante la atenta mirada de Adriana y nuestros amigos.

—¿Qué? No quiero salir echa un desastre —protesto.

—Yo no he dicho nada. —Elías levanta las manos y se encoge de hombros—. Tú eras la que odiaba tener la atención de la gente, ahora va a resultar que te estás acostumbrando a las cosas buenas.

Levanto una ceja y estoy a punto de darle un manotazo, pero Aike nos interrumpe abriendo la puerta de atrás de la furgoneta, así que salimos disparados de nuestros asientos y empezamos a llevarlo todo dentro. Las bandejas están preparadas para mantener el calor de la comida y eso me alivia, porque no quiero que nada esté malo para la hora en la que comience a llegar la gente.

Una vez que hemos metido la comida, voy corriendo escaleras abajo y busco la bolsa de viaje que he traído con nosotros. Al volver con la voz entrecortada y el calor instalado en mis mejillas, Elías se me queda mirando con las cejas levantadas mientras que yo, me froto las manos con nervios buscando la mirada de Laura.

—He pensado que podrías unirme a una tradición que tenemos todas las navidades —digo y saco un jersey festivo que tiene a la espalda un tren y en el caso de Roberto un copo de nieve—. No sé si os gustará, pero...

—¡Me encantan! —Laura coge el suyo y lo mira por delante y por detrás con un brillo en los ojos que parece digno de un niño que acaba de descubrir su regalo favorito—. Muchas gracias, vamos a ir espectaculares.

Ella besa mi mejilla y cuando se lo pone, deja caer su pelo por encima de los hombros antes

de coger la cámara de su compañero para que también se ponga el suyo.

En cuestión de segundos todos llevamos nuestros jerséis y los tíos de Adriana hacen aparición con los suyos propios, llenos de luces que parpadean y unos gorros festivos a juego con el *outfit*. La música empieza a sonar en el estudio y Roberto graba cada detalle de lo que hay a nuestro alrededor, poniendo la atención en Aike, quien explica ante la cámara todo lo que se va a cenar esta noche, mientras el resto de invitados echa un vistazo a los cuadros de las chicas que hay por todas las paredes. Laura se toma unos segundos para hacernos una pequeña entrevista en la que Adriana le aclara el motivo por el que accedió a hacer todo esto: un acto de amor por el que me siento orgullosa, y que también pone sonrisas en las caras de quienes atraviesan la puerta del estudio para subir a la segunda planta y disfrutar de una rica cena junto a decenas de libros que habrán sido testigos de múltiples instantes como este.

El espectáculo llega a su gloria cuando Elías trae zambombas y panderetas para que las toquemos para acompañar las canciones que suenan. Y mis amigos no se lo piensan porque ellos son los más fiesteros del mundo. Algunos no podemos tomar asiento, pero cada uno de los asistentes tiene un plato de comida sobre la mesa y alguien con quien hablar a su lado, dejándome con un cosquilleo en el estómago que hace temblar mis labios por la emoción.

—Lo que has hecho es una maravilla. —Una voz llega por mi lado derecho y cuando me giro, puedo mirar a los ojos de una de mis clientes más habituales.

Sus ojos grises están bañados en un brillo especial, rodeados de un montón de arrugas por la edad y la sabiduría de décadas vividas. Me coge de las manos con las suyas temblando y Amparo sonríe de oreja a oreja, regalándome un beso en la mejilla.

—No tiene nada que agradecerme —pido y la abrazo con fuerza—. ¿Lo está pasando bien?

Ella asiente y vuelve a echar un vistazo a su alrededor, como si estuviera deseando encontrarse con alguien. Hace dos años que perdió a su marido y al no haber tenido hijos no le queda ninguna familia con la que poder ir a cenar, después de haber enterrado a su único hermano hace ya mucho.

—Luis habría estado muy contento de venir aquí, esta mañana le dije: la chiquilla que escribe bonito ha organizado una cena con su amor y, ¿sabes qué? sentí su caricia en mi mano —dice, llevando la suya a mi mejilla—. Me alegra que hoy en día todavía haya personas como vosotras, que piensan en regalar algo especial al resto y no solo en sí mismos. Dais alegría a los corazones viejos y solitarios.

—Nada de viejo, se dice sabio —corrijo a modo de broma y las dos rompemos a reír. Cuando giro la cara, me encuentro con Laura observándonos y le pido que venga con la mano—. Le voy a presentar a la artífice de la idea, es una mujer que parece algo perdida, pero que seguro encuentra su rumbo en algún momento.

Le dedico un guiño a Laura y cuando hago las presentaciones acaricio su brazo para dejarlas a solas y que Roberto también sea testigo de la conversación con la ayuda de su cámara. Los estómagos de la gente se llenan y veo a muchos sonreír, disfrutando de un bufé que se completa con anécdotas y un brindis con promesas de cara al futuro.

El mío tiene forma de mujer, a la que sonrío mientras se acerca hacia mí, dejando a Noah y a Elías con una conversación que no para de hacerles reír. Carlota y Adrián también están disfrutando de la velada, igual que los chicos, así que aprovecho la oportunidad para coger las manos de Adriana y atraerla hacia mí, besando sus labios sin pensarlo.

—Hemos hecho algo mágico —dice ella, y acaricia mi cuello.

—Yo diría que has sido tú, pero me vas a llevar la contraria así que no pienso negarlo —aclaro con la felicidad brillando en mis ojos, puedo notarlo cuando caen en el reflejo de los suyos y la sensación me maravilla por completo—. Jamás pensé que este lugar fuera a tener un sentido como el de esta noche, y tampoco pensé que estaría acompañada por alguien como tú.

—Deja de hablar así, o vas a conseguir que lllore delante de todo el mundo. —Adriana agacha un poco la mirada, pero después vuelve a mí y hace que me enamore todavía más—. Yo sí que no imaginé que mi vida cambiaría después de haber quedado destrozada. Lara, sé que hay cosas que a lo mejor pintan mis días de gris en algún momento, pero tenerte a mi lado hace que todo mejore al instante y... no soporto la idea de estar...

—Ven a vivir conmigo —suelto sin dejarla terminar la frase y ella deja escapar un gritito de emoción, porque al parecer, era justo lo que quería decirme.

—Siempre tienes que llevar las de ganar, ¿eh? —Niega y hace un chasquido con la lengua, pero ahora es ella quien no me deja hablar y se funde con mis labios, en un beso que me quita el aliento.

Oímos un grito y al separarnos veo a Elías tocando una pandereta celebrando este momento, provocando las risas del resto de nuestros amigos. Los tíos de Adriana levantan sus copas y me dedican un guiño, al igual que Aike, y aunque quiero quedarme mirándolos durante un rato, prefiero centrarme en mi chica y sus bonitos ojos, como en sus labios y el pelo que le cae por la espalda.

—Llevo algunas semanas pensando en cómo podrían encajar tus cosas en casa, si es que quieres venir a la mía... —Muerdo mi labio inferior con algo de inseguridad.

Adriana lleva una mano a mi nuca y deja ahí una caricia sin parar de sonreírme.

—Claro que sí, no me perdería por nada del mundo el escribir contigo en ese porche tan bonito que tienes. Además, tu casa es mucho más práctica —bromea.

—Eres una interesada —protesto dejándome llevar por sus palabras.

—Como si no lo supieras desde que me conociste —aclaro con un gesto de burla—. Pero, ¿sabes qué más quiero ser? —Niego y Adriana sonríe de oreja a oreja, dándome otro beso en los labios y girando conmigo para que echemos un vistazo a nuestro alrededor—: Tu estrella, para que siempre que me mires seas capaz de soñar con un montón de cosas mientras estemos juntas.

Sus dedos se entrelazan con los míos y un cosquilleo termina por revolucionar mi corazón, consciente de lo afortunada que me siento.

Esta noche y todas las que están por llegar.

EPÍLOGO

ADRIANA

Las cajas se agolpan en la entrada de la casa de Lara a falta de que los chicos aparquen sus respectivos coches y nos ayuden a llevar todo dentro. Enero inició con lluvias, aunque parece que el tiempo ha dado una tregua y obligado a salir el sol para dejarme hacer una mudanza que jamás pensé que me llevaría tanto tiempo. Supongo que nunca sabes lo que tienes en casa hasta que te pones a recoger las cosas con las que has convivido durante años. Lo primero que llevo al interior son mis guitarras y verlas apoyadas en la isla de la cocina me deja con una bonita sensación en el pecho, como si siempre hubieran estado hechas para estar aquí.

Me quedo en silencio, disfrutando de unos segundos a solas hasta que escucho pasos a mi espalda y Lara se abraza a mi cintura, apoyando su barbilla en mi hombro.

—¿En qué piensas?

—No sé, tengo la sensación de que siempre he pertenecido un poco a esta casa, es... extraño —confieso y giro la cara, alcanzando su mejilla para darle un beso.

—Me pasó exactamente lo mismo. Recuerdo la primera vez que pasé por esta calle y me choqué con la fachada y el porche, supe desde el primer momento que tenía que ser mía, aunque no sabes el desastre que había en su interior por aquel entonces. —Lara niega echándose a reír y después suspira, rodeándome fuerte con sus brazos—. Ahora, cada vez que miro a mi alrededor puedo ver cada una de las etapas que he pasado aquí, siento que ha sido toda una aventura, y me alegra mucho que tú también vayas a formar parte de esto.

—Eres toda una romántica —comento y llevo una de sus manos hacia mis labios—. ¿Vas a dejarme echarle una mano con la decoración a partir de ahora?

—Depende de si quieres combinar cosas imposibles como suele pedirme Elías. —Se encoge de hombros y después se mueve para quedarse frente a mí y mirarme a los ojos—. Aunque será un placer crear desastres que tener que mejorar contigo. —Sus dedos van hacia mi pelo y los enreda ahí, sin dejar de mirarme con esa curiosidad por descubrir más de mi persona cada vez que lo hace—. Noah tenía razón, el rubio al completo te queda de maravilla. Me están dando ganas de tomarnos un pequeño descanso y celebrar tu reciente mudanza, ¿qué me dices?

—Que no estáis solas, queridas. —Mi mejor amigo nos interrumpe y vuelvo a la realidad de golpe.

Los chicos entran con las cajas a cuestas y empiezan a dejarlas en el salón o ahí donde hay hueco. Yago parece agotado y se seca el sudor de la frente, al igual que Austin y María. Por su parte, Elías tiene las mejillas tan rojas que siento que de un momento a otro va a dejar de respirar, y eso nos saca una risa que no podemos contener, provocando su posterior gesto de niño enfurruñado. Ava es la última que entra y se acerca a nosotras con una pequeña bolsa en la mano que nos ofrece enseguida.

—Para vuestra nueva vida juntas —dice, y la sorpresa hace que tarde un momento en reaccionar.

Lara me mira y juntas abrimos la bolsa para descubrir una pintura hecha sobre un vaso de cristal de las vistas de Iranda que se pueden ver en la sierra. Las dos abrimos la boca sorprendidas y mi chica no tarda en abrazar a una de las personas más importantes de su vida. Ava parece emocionada al separarse y después me dedica un guiño.

—Es un detalle precioso —comento y no miento en absoluto.

—Gracias por hacerla tan feliz, es lo que más he deseado desde que la conocí. —Sus palabras van cargadas de cariño y sinceridad.

Sin pensármelo dos veces, la abrazo y cuando se marcha para seguir metiendo cajas en la casa, me giro para encarar la mirada de mi chica de las letras, a quien se le han puesto las mejillas rojas. Los labios le tiemblan y parece estar a punto de llorar, así que beso sus labios y evito que las lágrimas caigan por sus mejillas.

—Te quiero, y estoy deseando crear nuevos recuerdos bajo este techo, contigo y lo que esté por llegar. —Mi confesión consigue emocionarla si cabe un poquito más y con el vaso entre sus manos echa un vistazo a su alrededor.

Puede que simplemente ande imaginado esa vida juntas, o quizá solo esté pensando donde va a poner el regalo que lleva entre las manos, no es algo que le vaya a preguntar, porque estoy deseando descubrirlo por mí misma, sin cuestiones y sí con nervios, sintiendo el cosquilleo en mi estómago por ver cuántas cosas viviremos. Sin prisas y recopilando notas y palabras que serán protagonistas de nuestras próximas letras y canciones.

AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí, quiero darte las gracias por tomar una parte de tu tiempo para leer esta novela y los personajes que construyen esta historia. Gracias al eterno apoyo de mis lectoras/es y cada uno de los comentarios que me hacen llegar a través de redes sociales y diferentes reseñas.

Decir que estas letras no llevan parte de lo que me compone en su historia y personajes sería un completo engaño. Aquí dejo un trocito de mi alma y todo un proceso de sanación que empezó hace algunos años, cuando decidí que mis novelas llegaran a vuestras manos. Espero que hayas disfrutado ‘Quiero ser tu estrella’ como yo lo hice escribiéndola. Y como siempre, ¡nos leemos en la próxima!

*No olvides dejarme tu reseña/opinión a través de **Amazon** o **Goodreads**.*

Tu apoyo me ayudará a seguir creciendo como autora.

SOBRE LA AUTORA

[Lorena Murién](#) (1987). Soñadora y devoradora de series, empezó a juntar letras con 13 años y desde entonces lo ha combinado con su afición por el diseño y la maquetación. Su primera novela, *Verde entre las flores* (2021) es la consecución de un sueño que ha continuado con varias obras enfocadas al público general, con temática LGBTQI+ y representación lésbica en cada una de sus historias. Puedes leer todas sus obras publicadas en Amazon.

Verde entre las flores.

Flores en nuestro camino.

Los puentes que nos unen.

Quiero ser tu canción.

Quiero ser tu estrella.

La obra de Ictero.

Las voces perdidas.

El final del engaño.

La cosmonauta: Ciudad perdida.

La Caída.

ÍNDICE

<u>1 LA MAGIA</u>
<u>2 LUCES</u>
<u>3 CAMBIO DE PLANES</u>
<u>4 NO ES CASUALIDAD</u>
<u>5 CONEXIÓN</u>
<u>6 FELICIDAD EN PEQUEÑOS PASOS</u>
<u>7 ECHAR DE MENOS</u>
<u>8 LA NIEVE Y EL SOL</u>
<u>9 VIEJOS FANTASMAS</u>
<u>10 FUERZA NATURAL</u>
<u>11 EL MIEDO A CAER</u>
<u>12 REUNIDOS</u>
<u>13 GALLETAS, JERSÉIS Y UN DESASTRE NATURAL</u>
<u>14 CANCIONES VACÍAS</u>
<u>15 SUEÑOS</u>
<u>16 ESTRELLAS FUGACES</u>
<u>17 UNA NOCHE LLENA DE COLOR</u>
<u>18 TENERLO TODO</u>
<u>19 TODO LO QUE UN DÍA SOÑÉ</u>
<u>EPÍLOGO</u>
<u>AGRADECIMIENTOS</u>
<u>SOBRE LA AUTORA</u>